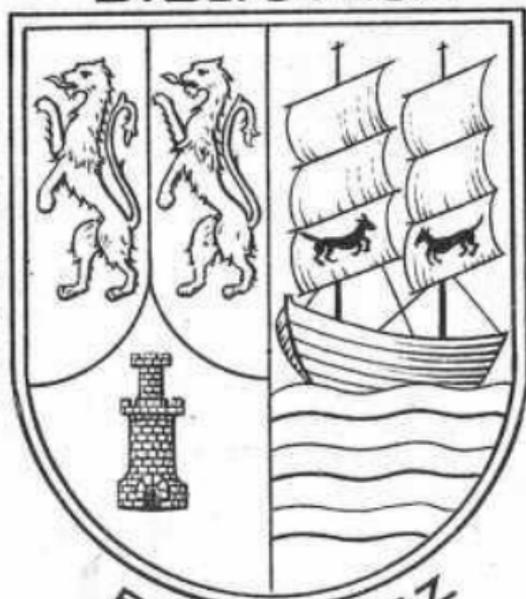
A decorative border with a repeating floral and scrollwork pattern surrounds the text.

A LA
SOCIEDAD ECONOMICA
DE
AMIGOS DEL PAIS

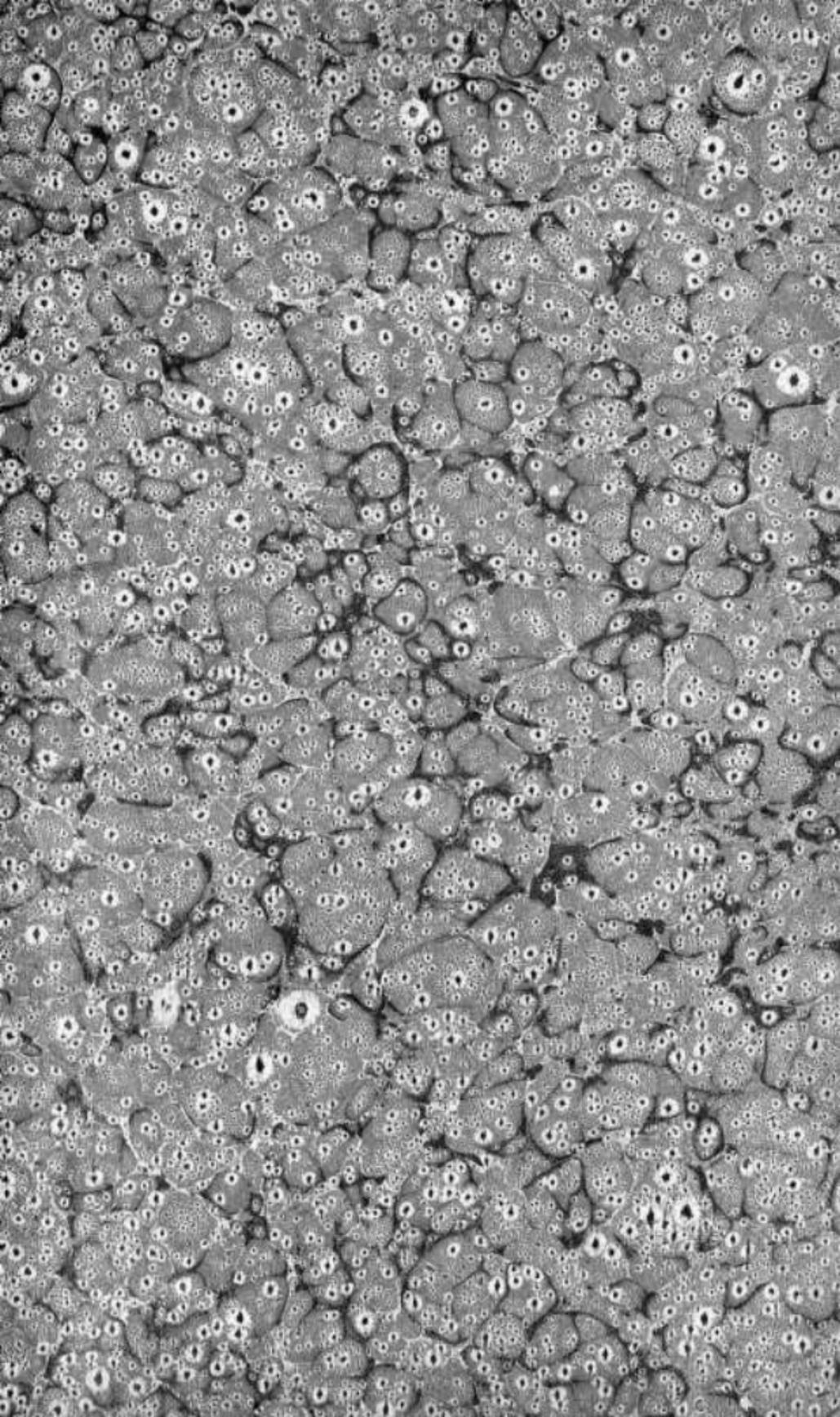
BIBLIOTECA

GVSTAVO



CADÓRNIGA

ENRIQVEZ





DGCL
A

VIRIATO.

C. 1184144
t. 144595

VIRIATO.

LEYENDA ORIGINAL

POR D. FRANCISCO MONFORTE.



MADRID:

IMPRESA Á CARGO DE C. GONZALEZ: RUBIO, 35.
1854.

AL EXCMO. SEÑOR

Don Luis José Sartorius y Tapia,
Conde de San Luis, Vizconde de Priego, Gran
Cruz de Carlos III, de Isabel la Católica y
de la Concepcion de Villaviciosa de Portugal.
Gran Oficial de la Legion de Honor de Fran-
cia, Presidente de la Real Academia de nobles
artes de San Fernando, Diputado á Córtes, Pre-
sidente del Consejo de Ministros y Ministro de la
Gobernacion.

Excmo. Señor:

A nadie mejor que á V. E. que dispensa tan generosa proteccion á la literatura española, podia ser dedicada esta obrita que, hija de un jóven oscuro y casi desconocido, necesita del noble apoyo de V. E. para que pueda ver con menos desamparo la luz pública.

Escaso será tal vez el mérito literario de esta produccion, pero aun cuando carezca de esta recomendable circunstancia, acaso tendrá algun interés para los amantes de nuestras glorias nacionales lo patriótico de su asunto, que recuerda

la intrepidez con que nuestros antepasados mostraron á Roma y al mundo el valor que ardia en sus pechos al grito de la Patria esclavizada.

Dígnese, pues, V. E. aceptar la dedicatoria de esta humilde LEYENDA, y la gratitud de su autor durará tanto como su vida.

De V. E. respetuoso y adicto servidor

Q. B. S. M.

FRANCISCO MONFORTE.

Madrid 19 de enero de 1854.



INTRODUCCION.

ESPAÑA, patria mia esclarecida,
fértil region de flores esmaltada,
por la mano de Dios enriquecida,
por la envidia del hombre codiciada,

Ilustre cuna de ínclitos varones
de ánimo noble y corazón guerrero,

que de pavor llenaron las naciones
solo al brillar de su terrible acero,

¡Cuántas veces ¡ ay Dios ! víctima triste
de estrangera ambicion, tenaz é injusta,
tu régio manto destrozado viste !
¡ Rota miraste tu diadema augusta !

¡Cuántas veces el sol , que limpio dora
de tus montañas la elevada cumbre
iluminó tambien en fatal hora
de tus hijos la odiosa servidumbre!...

Siempre que altiva levantó su frente
la vil codicia de nacion estraña,
tendió los ojos con afan ardiente,
cruzó el espacio y se fijó en España.

Y al ver su cielo azul , sus verdes prados
de doradas espigas siempre llenos ,

sus flores mil y frutos sazonados
ornar los campos fértiles y amenos,

Y de sus bosques la apacible sombra,
de sus fuentes las aguas cristalinas,
y de sus llanos la variada alfombra,
y de sus montes las preciosas minas,

Ardiendo en sed voraz, nunca saciada,
y apeteciendo posesion tan bella,
las garras preparó, y encarnizada
cual fiero buitre, se arrojó sobre ella.

Tiro, Cartago, Roma, el godo astuto,
el vándalo feroz, el moro insano,
esparciendo do quier miseria y luto,
la sujetaron con pesada mano.

Pero nadie llegó con valentía
frente á frente á luchar cual caballero;

mientras su blanda faz nos sonreía,
bajo sus mantos se ocultó el acero.

Acero vil, que se tiñó mas tarde
cien veces y otras cien con sangre hispana:
acero vil, que en insolente alarde
el invasor blandió con furia insana.

Vendida siempre España por traidores,
y con infame yugo encadenada,
miráronla sus bárbaros señores
tal vez sujeta, pero no domada.

No; nadie la domó, pues siempre bravos
sus nobles hijos, á lidiar nacidos,
prefirieron la muerte á ser esclavos;
prefirieron morir á ser vencidos.

Y no hay peña escarpada, cueva oscura,
estrecho valle, ni campiña estensa

que regada no esté con sangre pura
de su patria vertida en la defensa.

¿Qué vate habrá que con segura planta
de tantos héroes las pisadas siga,
cuando la fama que sus hechos canta
por recordarlos todos se fatiga?

Cada llano recuerda una batalla;
cada monte un combate; aquella cuesta
fué al feroz invasor temida valla;
esta roca abatió su faz enhiesta.

Aquí cayó Cartago; allí vencidas
miró Roma sus águilas potentes;
y aquí, y allí y allá dieron sus vidas
miles de moros de tostadas frentes.

Mas no pretende, no, mi atrevimiento
seguir todos sus triunfos paso á paso;

para tan árduo y colosal intento
mi fuerza es poca y mi talento escaso.

No de Pelayo canto las hazañas,
ni del invicto Cid las altas glorias,
ni del octavo Alfonso las campañas,
ni de Jaime el primero las victorias.

Solo mi canto consagrar pretendo
á un ilustre español, cuya bravura
eternizó su nombre, sacudiendo
el yugo vil de servidumbre dura.

Canto á VIRIATO, cuya fiera saña
hizo temblar á la orgullosa Roma,
mostrando audaz que á la valiente España
ni el mundo todo en su furor la doma.



I.

LOS JUEGOS.

Ya de la luna el plateado disco
no alumbraba la tierra silenciosa,
y el cefirillo despertando alegre
manso agitaba las ligeras hojas.

Ya la quietud de la callada noche
se interrumpia en la enramada umbrosa

con dulces trinos de canoras aves
que anuncian gratos la vecina aurora.

Ya con dudosa claridad se bañan
de algunos montes las erguidas rocas,
y en el Oriente nacaradas nubes
bellos celajes con sus luces forman.

Ya en el espacio presuroso enciende
el rubio Febo su brillante antorcha,
reberverando sus ardientes rayos
del ancho mar en las tranquilas olas.

Su claro, puro y refulgente brillo
los verdes campos lusitanos dora,
donde un pueblo sencillo y laborioso
de paz tranquila los encantos goza.

Paz no turbada por secreta envidia,
ciega ambicion, ni enemistad traidora;

pues nunca allí tendió sus negras alas
el genio destructor de la discordia.

De la opulencia el esplendente fausto
y de las lides la sangrienta gloria,
delirios son que al tosco lusitano
no perturban el sueño, ni acongojan.

Nada hay allí del deslumbrante brillo
que la quietud al corazón le roba :
todo es cordialidad, siempre sincera,
amable sencillez, nunca engañosa.

Un cielo siempre azul cubre los campos
donde con rica lozanía brotan
la roja poma, la dorada espiga,
los verdes pinos y la vid frondosa.

Numerosos y dóciles rebaños
sumisos al pastor que los custodia,

paciendo van en venturosa calma
por altos montes y cañadas hondas.

Los lusitanos ven con alegría
la luz del sol cuando en Oriente asoma,
y á su trabajo rústico entregados,
sencillos cantos con placer entonan.

Congregados los jefes de familia,
dictan las leyes y un senado forman,
cuyos fallos prudentes é imparciales
el pueblo todo con respeto adopta.

Ellos los jueces son en las contiendas;
ellos disponen árbítrós las bodas;
y ellos también á sus campestres dioses
en el altar las víctimas inmolan.

Ante sus ojos lucen su destreza
los mozos ya en el palo, ya en la honda,

ya en la veloz carrera, ya montando
ardientes potros de braveza indómita.

Y ellos en bancos rústicos sentados,
de fuertes robles á la fresca sombra,
con gravedad los juegos presidiendo
el justo premio al vencedor otorgan.

En una tarde del florido mayo
que el campo viste y la pradera adorna
con verdes tallos de lozana yerba
cándidos lirios y fragantes rosas,

De un ancho valle en la feraz llanura
que enhiestos montes por do quier coronan,

junto á un bosque de encinas corpulentas
que al cielo elevan sus erguidas copas,

Hay un dosel de mirto y espadaña
con flores mil que su techumbre entoldan,
y al pueblo indican la señal segura
de una funcion á comenzarse pronta.

Por varias sendas que hasta el valle guian
la muchedumbre de tropel se agolpa,
mientras bajo el dosel con grave paso
los ancianos del pueblo asiento toman.

En torno suyo, sobre el verde césped
que forma espeso remullida alfombra,
de pié, ó sentado en diferentes grupos,
el pueblo toma sitio y se acomoda.

Solo en frente al senado queda libre
una llanura larga y espaciosa,

ancho teatro de los varios juegos
que de las fiestas el objeto forman.

El premio al vencedor será la mano
de la jóven Alicia encantadora ,
de negros ojos , delicado talle ,
rosada tez y cabellera blonda.

Muchos el triunfo disputar pretenden ,
pues Alicia es tal vez la mas hermosa
que Lusitania en sus verjeles cria ,
y el limpio Tajo retrató en sus ondas.

Viste un cendal de blanquëado lino ,
que de su encanto la belleza dobla ,
y un ceñidor azul coje sus pliegues ,
y al diestro lado con primor se abrocha.

Ciñe su blanca sien gentil guirnalda
de oloroso jazmin y frescas rosas ,

lindo y sencillo adorno á sus cabellos
que en dobles rizos por su espalda flotan.

Lleva en el cuello y torneados brazos
ricos adornos y estimadas joyas
de precioso metal, que en sus entrañas
los lusitanos montes atesoran.

De otras lindas doncellas precedida
mueve su pié con gracia ruborosa ;
se inclina ante el senado con respeto,
y en un modesto banco se coloca.

Pronto saluda universal murmullo
á diez mozos de fuerza vigorosa,
que á la arena se lanzan anhelando
el lauro conseguir de la victoria.

Entonces un anciano venerable
á quien los juegos dirigir le toca,

da la señal de comenzar la liza,
que arranca al pueblo aclamacion sonora.

Al punto dos atléticos pastores
llevar procuran con sus fuerzas todas
un indomable potro, apacentado
del fresco Tajo en la ribera hermosa.

Negra y brillante piel, noble cabeza,
nariz abierta y espumante boca,
limpia y delgada pierna, fuerte casco,
espesa crin y dilatada cola.

Tal es el fuerte bruto, que impaciente
los piés batiendo por el campo trota,
y pugna por romper la doble rienda
que atando su cerviz, sus brios corta.

Los intrépidos mozos se adelantan
al valiente animal; rápido monta

sobre sus lomos el ligero Tántalo
que de diestro ginete fama goza.

Siente el peso el corcel; sacude el cuello;
levanta entrambos piés; bufa de cólera;
revuelve sobre sí; dá dos corcobos,
y á doce pasos al ginete arroja.

Confuso y magullado se retira,
dejando el puesto que otro jóven toma,
para imprimir también á breve rato
su laeio cuerpo en la silvestre alfombra.

Otro y otros le siguen; mil ardides
cada ginete con destreza adopta;
y á todos rinde el indomable potro,
y nadie el triunfo apetecido logra.

Sale entonces Gerion, atleta rudo,
de talla colosal, voz estentórea,

robustos brazos, anchurosa espalda,
cabellos crespos y mirada torva.

Vuelve los ojos á la tierna Alicia,
á quien de antiguo con delirio adora,
aunque la niña con desvío acoge
la ruda fé de su pasión fogosa.

Se adelanta el coreel, y con destreza
cual sierpe astuta que veloz se enrosca,
con ambos brazos le rodea el cuello,
le estrecha firme y respirar le estorba.

Pero inútil ardid; el duro anillo,
del fuerte bruto el impetu redobla;
relincha de dolor, brinca ligero,
y en escape tendido se desboca.

De sujetarle trata, pero en vano;
el robusto Gerion su fuerza agota,

y el valiente animal por fin consigue
lejos lanzar la carga que le enoja.

Viendo á Gerion caído, entre la gente
prolongado murmullo se levanta,
cuando á la arena con gentil denuedo
un nuevo lidiador raudo se lanza.

Su talla es varonil, la frente altiva,
negros los ojos, su mirada de águila,
ancha la espalda, dilatado el pecho,
erguida la cerviz, firme la planta.

Calla súbito el pueblo, y todos miran
al bravo jóven que bizarro marcha

y ante Alicia se inclina , que risueña
paga su obsequio con sonrisa grata.

Acércase al troton con pié ligero,
sobre sus lomos con viveza salta ,
coje las riendas con segura mano ,
y en sus hijares los talones clava.

Encabritase el potro ; hierre el suelo ;
pugna y forceja en sacudir la carga ;
ya revuelve impaciente á todos lados ,
ya en rápido galope se dispara.

Pero el hábil jinete no se arredra ;
con fuerza de las riendas se afianza ;
aprieta bien los piés , y fijo , inmóvil ,
sigue montado con destreza impávida.

Suda el ardiente bruto ; de su boca
arroja espuma cual la nieve blanca ;

respira con fatiga , y sus lufidos
indican ya el cansancio que le embarga.

Dobla en fin la cerviz; la frente humilla;
acorta el paso, se detiene, pára:
saluda al pueblo el domador intrépido,
y aplauso universal súbito estalla.

Dispónese otro juego ; y al momento
de argentino metal pesada barra
trae un pastor, y á disputar el premio
los diez competidores se preparan.

Ocho han probado ya su tosca fuerza ;
mas nadie queda airoso en la demanda ,
por mas que todos en vigor descuellan ,
y el triunfo todos por lograr se afanan.

Gerion coje la barra y se sonrie ;
y haciendo ufano de sus fuerzas gala ,

con ruda agilidad juega con ella
cual si jugase con ligera paja.

Arrójala por fin , y á treinta pasos
deja en el suelo su profunda marca :
bate el pueblo las manos , y el atleta
saluda alegre y de la lid se aparta.

El ágil domador del fiero potro
sale á la liza entonces ; las miradas
fijan todos en él , mientras arguyen
en pro ú en contra suya con voz baja.

Unos recuerdan el robusto brio
con que abatió del bruto la pujanza ,
y en su favor dispuestos, se repiten
que un nuevo triunfo sin dudar le aguarda .

Otros dicen midiendo el largo trecho
á que el barrote su rival lanzára

que si en destreza hay álguien que le venza
ninguno en fuerzas á Gerion iguala.

La bella Alicia con afan le mira,
mientras su rostro la inquietud retrata,
y el mancebo gentil con faz serena
ágil empuña la pesada barra.

Lánzala con ardor; el viento cruza;
rápida pasa la postrera raya,
y en el suelo por fin cayendo recta
seis pasos mas allá queda clavada.

Rompe los aires con sonoros vivas
entusiasmado el pueblo; solo calla
el sombrío Gerion en cuyo pecho
rugen los celos con sañuda rabia.

Queda solo ya un juego: la carrera:
prueba veloz de ligereza rápida,

y Gerion en su sitio se coloca resuelto con furor á disputarla.

Aun espera impedir la alegre boda de la bella y graciosa lusitana, que ha de quedar quien á su mano aspire tres veces vencedor para alcanzarla.

Colocados en fila los diez mozos, un respetable anciano con voz alta grita : «¡Marchad !» y como agudas flechas los diez á un tiempo con ardor se lanzan.

Al pronto es casi igual su ligereza ; todos corren veloces ; mas no tardan en fatigarse algunos, y tres solo con ráudo vuelo á los demas avanzan.

Tántalo es uno de ellos, pero súbito Gerion que vá á su lado le aventaja,

corriendo al par del arrogante mozo,
que ya dos veces vencedor quedára.

«¡Gerion, vence! ¡Gerion!» gritan cien voces;
mas por suerte fatal Gerion resbala;
pierde terreno, y su rival entonces
dobla su empuje, y la carrera gana.

Saluda el vencedor; y el pueblo entero
«¡viva Viriato!» con placer esclama;
y este nombre veloz cruza los aires,
y el eco lo repite en las montañas.

Todos elogian su destreza y brio;
le cercan, á porfia le agasajan,
y compitiendo en prodigarle aplausos
ante el senado en triunfo le acompañan.

Este recibe al esforzado jóven
con seria dignidad y grave calma,

y alzándose de pié, con voz solemne
digno del premio al vencedor declara.

Palidece Gerion ; la bella Alicia
en silencio sonrie alborozada,
mientras su amante con sonoro acento
tributa á todos reverentes gracias.

Ya el claro sol en su carroza de oro
rápido hácia el ocaso declinaba,
cuando VIRIATO venturoso obtuvo
la mano hermosa de su prenda amada.

Al mas sincero júbilo entregados
los jóvenes pastores y zagalas,

al son de sus sencillos instrumentos
cantan con gozo y bulliciosos bailan.

Los dos amantes satisfechos miran
del pueblo alegre las festivas danzas,
y en su grato placer sombra ninguna
el claro espejo de su dicha empaña.

Todos les muestran su cordial afecto
menos Gerion, que con sonrisa amarga
se aleja de aquel sitio á largos pasos,
de agudos celos traspasada el alma.

Ocupándose el pueblo de la fiesta
nadie en la ausencia de Gerion repara,
cuando en su alegre zambra de improviso
les interrumpe novedad estraña.

Desde la cima de un cercano monte
con grave paso silenciosos bajan

cuatro guerreros con luciente casco,
pesado escudo y acerada malla.

Suspéndese la fiesta, y á su vista
párase el baile, los cantores callan,
esperando de pie y con estrañeza
de los cuatro extranjeros la llegada.

Se acercan, y un anciano les pregunta :
«¿Qué objeto os ha traído á estas montañas?
¿Quién sois, y á qué venis?»-«Somos romanos.»
(Uno de ellos responde en voz pausada.)

«Nuestro ilustre senado nos envia
á ofreceros la paz y la alianza
con la mayor República que alumbra
el sol en su carrera dilatada.

«Aceptad su amistad : y si ahora yace
vuestra nacion oscura y solitaria,

pronto á la faz del anchuroso mundo
vuestro poder proclamará la fama.

«Aceptadla; y verá la tierra toda
que Lusitania y Roma son hermanas,
y unidas parten entre sí sus triunfos,
su gloria, su poder y sus hazañas.»

Dice; y á las palabras del romano
entre la atenta muchedumbre se alza
murmullo universal, que se asemeja
al eco sordo de la mar lejana.

Calla por fin el pueblo, y los ancianos
bajo el dosel consultan en voz baja
mientras con grave y sosegado aspecto
los mensajeros la respuesta aguardan.





II.

LA FE ROMANA.

Giega y vil ambicion , mónstruo execrable,
 padre feroz de la sangrienta guerra ,
 que al despeñar tu carro formidable
 haces de espanto retemblar la tierra :
 tú que al lanzarte en tu carrera ardiente,
 cual huracan que todo lo destroza ,
 :

derribas igualmente
el régio alcázar que la humilde choza ;
tú , á cuyas plantas apenada gimo
la mísera horfandad por tí desnuda ,
mientras con fiero encono
sobre opulento trono
alzas tu frente pálida y sañuda :
¿ qué mano tenebrosa
al mundo te arrojó en aciago día ,
para trocar en lucha desastrosa
la bonancible calma en que yacia ?

Por tí se ultraja al venerando nombre
de la virtud inofensiva y bella ,
y en tu camino descarriado el hombre
marca sus pasos con sangrienta huella .
Tú , penetrando oculta en su morada ,
consejos das al bárbaro tirano
que hace en su furia loca y desatada
esclavo suyo al que nació su hermano .

Si á una nacion dominas,
¡ay de las otras por su mal vecinas !...
¡ Qué pronto entre cadenas
maldecirán á un dueño
que con injusto empeño
trocó su paz en angustiadas penas !

Mas ¿ qué son los dolores,
los ayes del vencido,
si sorda á sus clamores
para tí son delicia los horrores
y el nombre de piedad desconocido?
Dígalo Roma : con altivo imperio
alzándose arrogante,
se arroja á conquistar un hemisferio,
rompiendo fiera cuanto vé delante.
La ambicion es su guia ;
su drecho y su razon, la fuerza impía :
las riquezas, su Dios ; su ley, la espada ;
su objeto dominar, vencerlo todo,

y que á sus piés la humanidad postrada
gima y se arrastre por inmundo lodo.

Cual hilchado torrente
que, con fragor los diques derribados,
rápido se desborda á todos lados,
y arrastra en su corriente
árboles, chozas, mieses y ganados;
así Roma feroz en su carrera,
con insaciable sed de oro y de mando,
al viento desplegada su bandera,
las armas empuñando,
por la florida Italia se abalanza;
cruza los Alpes, á las Galias llega;
al hierro y la venganza
millares de hombres sin piedad entrega:
derriba altares; y dictando leyes
subyuga pueblos y esclaviza reyes.

¿ Se detendrá cuando sus ojos vean

en torno suyo esclavitud y llanto,
cenizas que aun humean ,
y hambrienta multitud que con espanto
á su carro de triunfo encadenada
implore compasion en su quebranto
con débil voz y tímida mirada?
No; que en su seno abriga
infernál ambicion. Es cual enfermo
hidrópico, acosado
por ardorosa sed, que ansioso bebe
una vez y otra vez desatentado
esperando encontrar descanso breve,
y cada gota de agua
aumenta el fuego de su ardiente fragua.

Una vez puesta en el fatal sendero
no retrocede ya : rápida avanza,
y blandiendo feroz el ruído acero
se complace en la sangre y la matanza.
¿Qué importa que millares de infelices

sin techo y sin hogar desnudos lloren,
si el son de los marciales instrumentos
apagará su voz y sus lamentos?
¿Qué importa á la ciudad del Capitolio
tener en su grandeza
por pedestal de su terrible sólio
montones de cadáveres y ruinas,
si alzando la cabeza
dice por fin con loco desvarío :
«yo sola reina soy, el mundo es mio !...»

Desde la cumbre alzada
del Pirineo, tiende hácia Occidente
su pérfida mirada,
y á España vé, que grande y floreciente
presenta ante sus ojos
de precioso botin ricos despojos.
«Mia España será» dice orgullosa.
Y apresta las legiones
que en las campiñas de mi patria hermosa

han de clávar sus bélicos pendones.

Con falso nombre de amistad sincera
se ofrece á rechazar el fiero amago
de la rapaz Cartago,
cuya cruda ambicion tambien se ensaña
en la infeliz cuanto preciosa España.
En la falaz promesa confiada,
lucha Sagunto y con valor resiste
del vil Cartaginés la furia airada.
Poco despues... no existe
de su antiguo poder y de su gloria
sino una tumba solitaria y triste
y una sangrienta página en la historia.

Usando aquí de pérfida destreza,
allá esgrimiendo la terrible espada,
allí halagando la marcial fiereza
de la nacion mas noble y esforzada,
esplota en todas partes la riqueza

de una region feraz nunca agotada,
y hace alarde del triunfo conseguido
insultando despues al que ha vendido.

Pero aun en Iberia
hay pueblos libres del pésado yugo
que á la feroz República le plugo
sobre el mundo arrojar: los lusitanos
no han maldecido aun de los romanos
la traidora amistad y vil falsia
que en servidumbre impía
ha hundido á sus hermanos.
Mas ¡ay! Roma les mira,
cual mira la serpiente
al pájaro inocente
que vuela descuidado,
y solo aguarda caiga fascinado
para clavarle el venenoso diente.

El Pretor Sergio Galva, hombre inhumano,

á la virtud ageno,
sin ley, sin corazon, de vicios lleno,
es el ministro bárbaro y tirano
á quien Roma confia
el negro plan de su asechanza impía.

Galva se acerca al lusitano suelo,
y cauteloso envia
la halagüeña embajada
que es por el pueblo todo festejada
con ingenua alegría.
Por noble afan guiada
la muchedumbre toda se apresura
á congregarse en la feraz llanura
que un dia contempló el enlace grato
de la jóven Alicia y de VIRIATO.
A la mitad del llano,
de rosales cercado y limoneros
un ancho altar descuella
de adornos rico y de estructura bella;

y al rededor en toscos pebeteros
de mal bruñida plata
arden preciosas gomas
que esparcen por do quier gratos aromas.

Con júbilo sincero,
en grupos numerosos,
el pueblo se rebulle placentero :
los trages mas vistosos,
las galas mas preciadas,
las joyas mas brillantes y estimadas
la multitud ostenta reunida
para obsequiar de Galva la venida.

Llega entretanto ya la hora esperada.
Jamás naturaleza
con sus ricos adornos ataviada
mostró encanto mayor ni mas belleza.
Sin una nube el cielo,
tranquilo el aire, sosegado el suelo,

y el sol en la mitad de su carrera
brillaba ardiente en la azulada esfera.

Pronto de una trompeta
la voz fuerte y sonora
cruza el estenso valle atronadora,
y todos revolviéndose apiñados,
«Es el Pretor» esclaman... ¡Desgraciados!
Era la muerte pérfida y traidora.

Era la muerte, sí; por todas partes
cual mónstruos fieros que el abismo aborta,
los soldados romanos se abalanzan,
y á la indefensa multitud se arrojan.

Un grito de pavor los aires cruza,
otra voz le responde aterradora;
y el acero fatal con rudo empuje
los pechos hiende, las cervices corta.

En confuso monton caen mezclados
el tierno padre, la adorada esposa,
el anciano infeliz, el débil niño
que al pecho maternal asido llora.

Ni el sexo, ni la edad sirven de valla
á la feroz y desalmada tropa ;
la muchedumbre inerme se lamenta
y los verdugos ¡ bárbaros ! se mofan.

¡ Miserables ! ¿ Y es esa la alianza
que hace poco juraban vuestras bocas ?
¡ Vana reconvencion ! ¡ inútil queja !
Necia es la voz que compasion implora.

Fuego infernal en las miradas brilla,
gotean sangre las espadas rojas,
la trompa suena, y en el ancho valle
cadáveres sin cuento se amontonan.

Cansados ya de herir, hartos de sangre,
fatigadas las diestras alevosas,
á la matanza atroz sigue el saqueo
con sed ardiente que la rabia dobla.

Poco despues, cargada de despojos
la infame hueste parte presurosa,
en el sitio fatal quedando solo
los insepultos cuerpos que abandona.

Manes sangrientos de españoles bravos,
víctimas tristes de perfidia odiosa,
esa es la *fé* que prometia Galva,
esa es la paz que os ofrecia Roma.



El día de la fiesta, a las tres de la tarde,
algunas horas antes de salir,
a la mañana siguiente el sábado
con un día que la familia...

Pero después, antes de salir,
la familia fue a la iglesia,
en el sitio fatal donde se
los inspeccionaron que estaban...

Algunos amigos que se fueron
victimas tristes de la guerra,
están en la que se llama
así es la paz que se llama...

El día de la noche: negras sombras
cubriendo el horizonte
contando el día
del día...





III.

LA ELECCION.

Es de noche : negras sombras
ocupando el horizonte
confunden el alto monte
con el campo desigual.
Solo la menguante luna
con sus débiles reflejos

brilla en el cielo á lo lejos
cual antorcha funeral.

Lúgubre silencio reina
en el dilatado llano
donde el pérfido romano
consumára su maldad.
Silencio de tarde en tarde
tristemente interrumpido
por algun sordo gemido
por algun ¡ay! de ansiedad.

¡Cuánta esperanza perdida!
¡Cuánta ilusion deshojada!
¡Cuánta existencia cortada
por el puñal de un traidor!
La sangre allí derramada
forma un espantoso lago
y el contemplar tanto estrago
llena el alma de pavor.

¿Y habrá algún hijo de Iberia
que con tan bárbaro ultraje
no sienta arder de corage
su esforzado corazon?
¿No habrá quien alzando el grito
la espada en los pechos clave,
y con sangre impura lave
tan sacrílega traicion?

Sí : lo habrá, pues ya do quiera
rauda la fama ha volado
publicando el atentado
del sanguinario Pretor.
Y los pueblos á su acento
sacudiendo las cadenas
sienten arder en sus venas
desconocido furor.

¿Los veis? Con paso seguro
escuadrones numeros os

se adelantan silenciosos
de los montes al través.
¿A dónde van? Hacia el valle
donde el pérfido extranjero
tendió con su vil acero
un pueblo inerme á sus piés.

Avanzan, llegan, y un grito
de todos los pueblos sale.

¡Ah! ¿qué cuadro habrá que iguale
aquel cuadro de dolor?

No es un campo de batalla
donde yacen confundidos
vencedores y vencidos,
el muerto y el matador.

Es un campo donde yace
junto á su padre querido
el hijo que ha perecido
sin poderle defender.

Donde el inocente niño
está yerto, ensangrentado,
teniendo muerta á su lado
la madre que le dió el ser.

Donde el anciano indefenso
vió sus canas ultrajadas,
y al filo de las espadas
cayó exánime y mortal.

Donde la tierna doncella
ha espirado al golpe horrendo,
su honestidad defendiendo
de la fuerza mas brutal.

Contemplan los lusitanos
con dolorosa agonía
la horrible carnicería
de aquel cuadro aterrador.
Y todos los pechos rujen
mirando aquellos despojos,



y brillan todos los ojos
con siniestro resplandor.

Retorciéndose las manos
los viejos con faz sombría,
envidian la lozanía
del juvenil adalid.
Y piden con alaridos
su fuerza y vigor primero
para empuñar el acero,
para correr á la lid.

Los jóvenes entretanto
afilan ya las espadas,
que pronto desenvainadas
en la lucha brillarán.
Y por el valle anchuroso
buscan con mirada atenta
al que en la guerra sangrienta
debe ser su capitán.

Tántalo corre ligero
la dilatada campiña,
y en torno suyo se apiña
la flor de la juventud.

Gerion está entre la turba
que á cada momento crece;
mas VIRIATO no aparece
en la inmensa multitud.

¿Acaso de sus hermanos
la desastrosa matanza
no despierta su venganza?
¿no enardece su valor?
Los gemidos de su patria,
¿le hallarán indiferente
descansando muellemente
en los brazos del amor ?

¡Ah! no ; que el mayor peligro
jamás le encontró cobarde ,

pues dentro , en sus venas arde
todo el valor español.

Valor que hará ver al mundo
su grandeza en los combates,
cual sus preciosos quilates
muestra el oro en el crisol.

Se encontraba sosegado
en los brazos de su Alicia,
disfrutando con delicia
su ternura dulce y fiel,
cuando la funesta nueva
llega en alas de la fama
y en su corazon derrama
un rio de amarga hiel.

Bruscamente se separa
de su encantadora esposa,
que halagándole amorosa
le procura detener .

Pero en vano; que en sus brazos
no halla VIRIATO sosiego,
pues ya no es de amor el fuego
que en su pecho siente arder.

Es furor reconcentrado
que le incita á la venganza,
redoblando la pujanza
de su brio varonil.
Llama que voraz creciendo
todo lo consume y traga,
fuego que solo se apaga
con sangre traidora y vil.

«¿Partes, le dice la hermosa,
dejándome abandonada?»

— «Mi patria está esclavizada,»
clama el héroe con ardor.

«Guarda, para cuando vengue
de mi patria los agravios

las caricias de tus labios
la ternura de tu amor.»

Dice, y las armas empuña
tomando con pié ligero
de un conocido sendero
la segura direccion :
y antes de llegar al sitio
tumba de los lusitanos
oye ya de sus hermanos
los gritos de indignacion.

Mudo y palpitante el pecho,
bañada en sudor la frente,
fija la mirada ardiente,
tardo y mal seguro el pié,
el ancho y sombrío valle
recorre, y mientras camina
las víctimas examina
que en torno á sus ojos vé.

En tanto que el pueblo entero
gime, suspira, murmura,
ó tomar venganza jura
con arrojo el mas audáz,
él no despegá sus labios,
él muestra aparente calma,
pero concentra en el alma
cólera intensa y voraz.

No tarda en ser descubierto,
y las turbas numerosas
que corriendo presurosas
se agrupan á su redor,
le piden con gritos roncós
vengue tan sangriento ultrage
y aumentan mas su corage,
provocan mas su furor.

Los ancianos le señalan
como el caudillo esforzado

por el cielo destinado
para salvar la nacion.
Y pronto del pueblo ardiente
la voz unánime estalla,
clamando que á la batalla
le guie sin dilacion.

«Sí: (les dice VIRIATO enardecido)
yo al viento estenderé marcial bandera;
y á su sombra el romano aborrecido
agruparse verá la España entera.

Harto ha sufrido nuestra patria hermosa
el peso atroz del extranjero yugo;
harto ha sufrido la perfidia odiosa
de quien de amigo se trocó en verdugo.

Muertos nuestros hermanos, arrojados
sus frios cuerpos por inmundo lodo;
nuestros fértiles campos assolados;

sujeto á un vil tirano el pueblo todo :

Tal es el cuadro tenebroso y triste
que nuestra Patria por do quier presenta ;
y al ver que Roma con orgullo insiste
en sus designios de opresion sangrienta ,

¿Habrá algun español , algun guerrero
que al resonar la belicosa trompa ,
no empu e al punto el vengador acero
y el yugo quiebre y las cadenas rompa ?

No : no lo habrá , que con marcial coraje
nuestros pechos impávidos palpitan ;
y  nsian vengar tan vergonzoso ultraje ,
y en sed de sangre con furor se agitan .

Corra la sangre pues : intensa llama
arda en los pechos y el valor irrite ;
! guerra y venganza ! nuestra patria clama ;

¡guerra! este valle sin cesar repite.

¡Guerra! piden el jóven y el anciano,
de guerra el grito por los aires zumba;
tengamos guerra pues; tiemble el romano,
y á nuestras plantas con pavor sucumba.

Yo al frente marcharé: todos seguidme;
el acero esgrimid con brazo fuerte;
y si me veis retroceder heridme;
y si muero en la lid, vengad mi muerte.»

De este modo habló VIRIATO,
y á su voz que ardiente suena,
el cóncavo espacio atruena
clamoreo universal.

Y todos con rabia fiera
tienden al aire las manos,
y juran á los romanos
guerra sangrienta y mortal.



IV.

LA GUERRA.

Qual chispa ardiente que saltó ligera
y en seca paja amontonada prende,
y al punto, roja y espantosa hoguera
forman las llamas que su fuego enciende,

Así el terrible y vigoroso acento
con que VIRIATO á sus hermanos llama,

cruza veloz el agitado viento
y á España toda con su ardor inflama.

Pueblos enteros con furor sacuden
el yugo vil que su cerviz oprime,
y ardiendo en saña á libertar acuden
la patria amada que en cadenas gime.

Deja su choza el montañés sencillo,
deja su campo el labrador honrado
y empuñan bravos el feroz cuchillo
y ráudos vuelan al combate ansiado.

Mas ¡ay! ¿podrán en la cruel batalla
al pérfido invasor mirar deshecho
los que ni al peto ni á la fuerte malla
jamás fiaron el honrado pecho?

Sí; lo podrán; que hieren sus oídos
de sus hijos y esposas los acentos,

de sus ancianos padres los gemidos,
de su patria infelice los lamentos.

Sí, lo podrán ; que despreciando horrores
defienden sus hogares asaltados,
los campos que regaron sus sudores,
los montes do pacieron sus ganados.

¿ Carecen de armas en su fiero encono ?
Armas serán para la cruda guerra
la tosca azada que sirvió al colono
y el corvo arado que surcó la tierra.

Miradles cómo corren animosos
y de VIRIATO en derredor se agrupan ;
miradles cómo vuelan presurosos
y el llano cubren y la sierra ocupan.

Ha rugido el leon : despertó España.
Pronto resonará en el Capitolio

el rumor de la bélica campaña,
que hará de Roma retemblar el sólio.

No lejos del estrecho gaditano
donde Tarifa hoy tiene su asiento,
se alzaba altivo el pabellon romano
libre ondeando á la merced del viento.

Por engañosa calma adormecido,
no recelando la menor sorpresa,
allí el infame Galva ha conducido
del robado botin la rica presa.

Ufano á Roma la noticia envia
de que á sus pies los lusitanos gimen,

y con su inicua tropa se gloria
del fruto horrible de su negro crimen.

Cuanto el vicio juntó de mas abyecto
y la astucia de pérfido y maligno,
marcado está con repugnante signo
del vil Pretor en el siniestro aspecto.

Solo reaniman sus pequeños ojos
de un banquete los báquicos ardores,
de usurpada riqueza los despojos,
ó de fácil beldad torpes favores.

No le esperéis hallar espada en mano
fuerte lidiando en peligroso encuentro
al frente del ejército romano :
buscadle en el festin, ese es su centro.

Vedle : siervos sumisos le rodean,
blandos cogines su pereza halagan,



opíparos manjares le recrean,
y generosos vinos le embriagan.

Una esclava bellísima entre tanto
al eco dulce de acordada lira
alza la voz, y su armonioso canto
voluptuosa embriaguez respira.

Pero Galva no escucha sus cantares,
y se revuelve en su dorado lecho,
triste, cual si recónditos pesares
despedazáran su inhumano pecho.

(¿Será tal vez que la conciencia adusta
al recuerdo del crimen se despierta,
haciendo resonar su voz augusta?
¡Ay! no; que la de Galva está ya muerta.

Es un hombre feroz, un alma dura,
agena á todo noble sentimiento;

que nunca disfrutó alegría pura,
ni jamás conoció el remordimiento.

Hoy le mata el fastidio, y los licorés
á su mente no dan prestado vuelo,
ni el cántico de lúbricos amores
exalta ya su corazón de hielo.

Imprevisto rumor que se oye acaso
presta á sus ojos repentino brillo,
cuando un tribuno con ligero paso
entra en la estancia del feroz caudillo.

—«¡A las armas, Pretor! (dice el guerrero.)
Los españoles por doquier se agitan;
los aires puebla su rugido fiero,
y á la venganza con furor se escita.»

—«Los españoles! clama; (y aparece
en sus labios sonrisa mofadora.)

«Que salga un centurion , y cual merece
destruya esa canalla sin demora.»

Dice así Galva , y á su lábio aplica
profunda copa de licor dorado ,
y con un gesto al mensajero indica
que cumpla sin tardanza lo mandado.

¡ Imbécil ! pronto con rabioso duelo
lamentarás tu confianza necia ;
pronto verás el arrogante vuelo
de ese valor que tu altivez desprecia.

Pronto tu hueste en horrida batalla
con roja sangre empapará la tierra :
la que tu orgullo apellidó canalla
será tu espanto en la terrible guerra.

Ya de los montes la elevada cima
se ha coronado de animosa tropa ;

ya el escuadron bizarro se aproxima,
ya el caballo beligeró galopa.

VIRIATO marcha al frente : sus soldados
que ayer en blanda paz quietos dormían,
hoy á su voz alzándose esforzados
los peligros con él partir ansían.

Todos los pechos de corage saltan,
todas las manos el acero estrechan,
y por su patria con ardor se exaltan,
y del combate la ocasion acechan.

Las blancas tiendas que plantó el romano
del ancho mar en la callada orilla,
muéstranse en fin al escuadron hispano
bañadas por el sol que limpio brilla.

A su vista se encienden las miradas,
laten con rapidez los corazones,

desnúdanse las bélicas espadas,
y avanzan con valor los campeones.

«Miradles ; allí están !» con voz de trueno
dice VIRIATO á su animosa gente ;
y «¡ á la lid ! ¡ á la lid !» de furia lleno
responde luego el escuadron valiente.

No del seco desierto en las arenas
con rábia tan voraz leon hambriento
corre, flotando al aire las melenas
prontas las garras y el oido atento,

Cuando la carne á olfatear alcanza
y á la presa se arroja embravecido,
como cada español rugiendo avanza
sobre el romano campo sorprendido.

Penetran por do quier con saña fiera ;
todo cede á su esfuerzo irresistible ;

nada ataja su rápida carrera ;
nada detiene su valor terrible.

Tarde el romano defender pretende
el suelo dó fijó su osada planta :
el eco del clarin los aires hiende ,
y el cuchillo penetra su garganta.

Perecen mil soldados aguerridos
de otros bisoños al vigor robusto ,
y pronto es todo allí muerte y gemidos ,
revuelta confusion , pavor y susto.

VIRIATO con intrépida bravura
rompe y arrolla las contrarias gentes ;
su acero á los romanos dá pavura ;
su ejemplo mas valor á sus valientes.

Con su acento dirige la batalla ,
con su brazo asegura la victoria ;

y en todas partes de repente se halla,
y en todas logra inmarcesible gloria.

Peleando con furia enardecida
no hay español que su valor no imite;
y no descargan golpe sin herida,
ni herida que otro golpe necesite.

Tántalo esgrime su terrible acero
hasta el puño de sangre reteñido:
donde combate su valor guerrero,
el romano á sus pies cae vencido.

Quiebra su espada en los contrarios cascos
el hercúleo Gerion con furia altiva,
y arrojando feroz duros peñascos
cuanto á su paso vé, rompe y derriba.

«¿Dónde está ese Pretor?»... Clama VIRIATO,
mientras el fuego en sus miradas arde;

mas el Pretor no está, que largo rato
vá huyendo tan veloz como cobarde.

Privados de caudillo sus guerreros
y envueltos mas y mas por todos lados,
esgrimen ya sin tino los aceros
con rábia, con furor, desesperados.

¡ Esfuerzo inútil ! ¡ Resistencia vana !
Cuatro mil han caido al choque fiero:
el resto huye, y la nacion hispana
ciñe triunfante su laurel primero.

No tarda en circular la fausta nueva
del oriente al ocaso, pues la fama
con raudas alas por do quier la lleva,
y con cien voces á VIRIATO aclama.

Y las madres, las hijas, las esposas,
celebran la victoria, y diligentes
tegen guirnaldas de laurel y rosas
que de los bravos ornarán las frentes.

Los ancianos con súbita alegría
olvidan la vejez y sus dolores,
pues si con ellos fué la suerte impía
sus hijos gozarán días mejores.

Y animan á los jóvenes lozanos,
sus antiguas hazañas refiriendo,
cuando el acero relumbró en sus manos
mientras seguían el marcial estruendo.

Y los jóvenes arden y se escitan
para imitar tan valerosos hechos,
y á la esperanza de la lid, palpitan
con fuerza doble sus fogosos pechos.

Siguen con entusiasmo la bandera
que VIRIATO despliega al raudo viento
y pronto España ofrece por do quiera
el aspecto marcial de un campamento.

Acá se forjan en la fragua ardiente
lanzas y espadas fuertes de batalla,
allí los cascos de metal luciente,
allá los petos de acerada malla.

Dómanse aquí caballos arrogantes ;
suena allí el parche que al cobarde aterra ;
acá se aguzan flechas penetrantes ;
allá se aprestan máquinas de guerra.

Se trueca en un castillo cada altura ;
cada casa es un fuerte atrincherado ;
un campo militar, cada llanura ;
y un bizarro leon cada soldado.

VIRIATO entonces ve por todas partes
engrosarse sus tropas cada día,
sus tropas que han de ser los baluartes
de quien España su defensa fia.

Todo el valiente pueblo enardecido
al vencedor de Galva victorea,
y en un carro de triunfo conducido
desde el Bétis al Tajo le pasea.

Un mismo fuego en las miradas arde;
sentimientos iguales les agitan;
y haciendo de su amor público alarde,
«¡viva VIRIATO!» entusiasmados gritan.

Los estandartes que perdió el romano,
espadas, lanzas, cascos y broqueles,
rodeando al caudillo lusitano,
añaden nueva pompa á sus laureles.

La bella Alicia, su hechicera esposa
que por su ausencia desvelada vive,
sale á encontrar al héroe presurosa,
y con amantes brazos le recibe.

Los viejos senadores se adelantan,
y del bravo adalid la sien coronan;
festivos coros sus hazañas cantan,
y ardientes voces su valor pregonan.

VIRIATO acepta el homenaje atento
que le tributa agradecida España;
mas fija ya su noble pensamiento
en el osado plan de otra campaña.

Fuerza es luchar para adquirir mas gloria;
fuerza es vencer de nuevo al extranjero;
que hay peligro aun, y una victoria
no da la libertad á un reino entero.





que por un momento desalojó a viva fuerza
esta gran multitud de héroes que
y con muchos otros lo tanto...

Los viejos señores se alzarán
y del bravo alabó la gran coronación
festivos coros sus hermanas cantaron
y ardientes voces en valor proferían.

YHATO BOBILA EL HONORARIO
MELION Y ALICIA.

que se tributa por el noble
mas si ya en noble proferían
en el estado que de otra...

En tanto que aligemento

que en las horas de quietud
de las tardes romanas
que hay de tanto que y sus victorias
no de la libertad a un reino...





V.

GERION Y ALICIA.

En tanto que alegremente
celebran los lusitanos
de los vencidos romanos
la sangrienta destruccion,
hay un hombre á quien el triunfo
no conmueve ni alborozá,

pues negra peca destroza
sin piedad su corazon.

¡Triste es llevar en el pecho
duro dardo atravesado,
cuyo hierro emponzoñado
arrastra la muerte en pos!

¡Triste es amar á una hermosa
y adorarla hasta el delirio,
si el amoroso martirio
no es sentido por los dos

Si el alma gime apenada,
si el pecho late doliente,
¿qué importa ceñir la frente
de victorioso laurel?

¿Qué vale la régia pompa
del mas brillante atavío?

Si está el corazon vacío,
¿qué es la gloria para él?

Ni el ardor de los combates,
ni el poder de las riquezas,
ni el amor de otras bellezas
sus pesares calmarán.
Y si mira adormecido
su dolor por un instante,
despertando mas pujante
doblará su negro afán.

Así Gerion que en la lucha
desfogó su rabia fiera,
sin hallar quien le venciera
ni en destreza, ni en valor,
hoy á la vista de Alicia,
mas que nunca pura y bella,
maldice otra vez su estrella
recordando su rigor.

Oye su voz argentina,
y esta voz que le enajena,

al mismo tiempo le llena
de amargura sin igual.

La ve halagando á su esposo
con la sonrisa mas grata,
y esta sonrisa le mata,
pues la obtiene su rival.

¡Felices aquellos dias
en que bajo humilde techo
libre de afanes su pecho
gozaba tranquila paz!
¡Y en que sus leucidades eran
cazar por la selva umbrosa
la cervatilla medrosa
ó el javalí montaráz!

Al menos gozaba entonces
grato sosiego en el alma,
y no turbaban su calma
sueños de amor y ambicion.

Mas hoy se ve esclavizado
por una pasion ardiente,
que le oscurece la mente
y le abrasa el corazon.

Dos encontrados afectos
combaten al infelice.

—«Quédate»—el amor le dice.

—«Huye»—le grita el deber.

Y en esta ruda pelea
mudo, indeciso y atado,
siente de un sudor helado
copiosas gotas correr.

En tanto la bella Alicia,
feliz mirando á su esposo
por el pueblo numeroso
aclamado sin cesar,
saluda con rostro ufano
á cada bravo guerrero

que con su brazo y su acero
supo renombre alcanzar.

En el alegre transporte
de su ventura, desea
que todo el que la rodea
sea dichoso tambien.
Y hasta en Gerion fija tierna
sus ojos deslumbradores,
aunque siempre sus amores
trató con frio desden.

Mas ¡ ay ! aquella mirada
con la de Gerion se encuentra,
y en su pecho se reconcentra
llama ardorosa y fatal.
Y el desgraciado concibe
una esperanza halagüena,
que mas y mas le despeña
en su pasion criminal.

Forma mil locos proyectos ;
traza mil diversos planes ;
que calmarán sus afanes ,
que su dicha labrarán.
Y no recuerda á su Patria ,
y á sus hermanos olvida ,
que en el combate homicida
laureles ganando están.

Con engañoso pretesto
de reclutar mas valientes,
no corre á ocupar su puesto
en la nueva espedicion.
Y en Lusitania se queda
para tener mas cercana
la belleza soberana
que le ofusca la razon.

Pero Alicia entristecida
con la ausencia de su esposo ,

cuyo afecto cariñoso
forma su dicha mayor,
apenas la estancia deja
donde vive retirada,
continuamente entregada
al recuerdo de su amor.

Gerion que en su ciego anhelo
quiera sus pasos sigue,
aunque tenaz la persigue,
nunca escuchado se ve;
pues la jóven lusitana
tan hermosa como pura,
morirá sin ser perjura
á su prometida fé.

Siempre con severo rostro
oye el importuno ruego
del que turba su sosiego
con su apasionada voz.

Que si el amor del atleta
antes le causó disgusto ,
hoy llega á mirar con susto
su pertinacia feroz.

Anhelando verse libre
de tan molesta porfia ,
pedir de VIRIATO ansía
la segura proteccion.
Pero á sus rosados labios
súbito el aliento falta ,
pues el temor sobresalta
su oprimido corazon.

¿Turbará el caro reposo
de su idolatrado dueño,
que con esforzado empeño
la muerte arrostra en la lid?
Descansa en su fé tranquilo ,
¿y el aguijon de los celos

ha de aumentar los desvelos
del generoso adalid?

Cuando en su Patria infelice
la guerra sangrienta brama,
y en todas partes reclama
la union mas estrecha y fiel,
¿podria la tierna Alicia
con su queja inesperada
abrir anchurosa entrada
á la discordia cruel?

Es verdad que el pueblo entero
entusiasta y valeroso,
ha proclamado á su esposo
por gefe de la nacion.
Pero tambien en las tropas
alza la frente arrogante
otro caudillo importante,
y este caudillo es Gerion.

¿Qué hará pues? ¿callar su pena
suspirando dolorida?
Pasará la triste vida
de riesgos mil al través.
«¿Hablará?»... ¡Desventurada!
En aquel instante mismo
verá un insondable abismo
abierto bajo sus piés.

¡Pobre tórtola inocente,
que lejos de su querido,
mira asaltado su nido
por furioso gavilán!
¡Y si su auxilio reclama
le dá una muerte espantosa,
y si calla temerosa
redobla su negro afán!

¡Pobre Alicia! tan hermosa
como el lucero radiante

que al infeliz navegante
muestra el rumbo que perdió!
¡ Tan dulce cual la esperanza!
¡ Tan pura cual un querube!
¿ Quién disipará la nube
que tu belleza eclipsó?

Silenciosa y solitaria
por el bosque se pasea,
aunque ya no la recrea
su floreciente verdor,
que en sus empañados ojos
furtiva lágrima brilla,
rodando por su mejilla
marchita ya y sin color.

Sumida en sus pensamientos,
sin dirección se adelanta
deteniendo al fin su planta
junto á un claro manantial,

que riega mil verdes tallos
de azucenas y amapolas,
y retrata sus corolas
en sus linfas de cristal.

Allí del florido césped
en la matizada alfombra,
sentada á la fresca sombra
que la entolda en rededor,
exhala sordos gemidos
mientras que su mano blanca
las tiernas hojas arranca
de una perfumada flor.

Su mente la lleva entonces
junto al dueño á quien adora.
¿Relumbrará vencedora
su espada en la dura lid?
¿Arrollará los romanos
su brazo temido y fuerte?

¿O acaso le dará muerte
algun insidioso ardid?

Si la victoria corona
su esforzada bizzarria,
conseguirá todavía
ver calmada su afliccion.
Mas ¡ay! si su heróico pecho
traspasa el acero agudo,
¿quién la servirá de escudo
contra el osado Gerion?

A esta repentina idea,
cual si un áspid venenoso
hubiera en su seno hermoso
clavado el diente mortal,
vuelve en sí la desgraciada,
mira en torno y palidece,
pues ya escuchar le parece
de Gerion la voz fatal.

Reconoce con espanto
su imprudencia temeraria,
pues sin guía y solitaria
en medio el bosque se vé.
Y temiendo del guerrero
la presencia inesperada,
deja aquel sitio azorada
y huye con ligero pié.

De pronto escucha temblando
un rumor á corto trecho,
que llena su tierno pecho
de la angustia mas cruel.
«Es Gerion» piensa la triste:
«es Gerion» y se estremece.
El rumor en tanto crece;
Alicia mira, y es él.

Es Gerion, sí, cuyos ojos
brillan con fuego encendido,

mientras su rostro teñido
de espantosa palidez,
contraído con violencia,
muestra en su fingida calma
las rudas penas del alma
reflejadas en la tez.

Tiembla de espanto la jóven
á su vista aborrecida,
cual paloma sorprendida
por las garras del halcon.
Y asombrada del peligro
queda muda y palpitante,
sin color en el semblante,
ni aliento en el corazon.

Se acerca con lento paso
el formidable guerrero,
mirando con rostro fiero
su belleza angelical.

Y despues de un breve espacio,
«*te amo*» le dice, y su acento
revela todo el tormento
de una pasion infernal.

«¡ Socorro! » clama la hermosa
huyendo, pero el atleta
del vestido la sujeta
con inflexible vigor.
«Es preciso que me escuches ,
(le dice con voz sombría)
«que comprendas mi agonía
que conozcas mi dolor.»—

«¡ Soltadme !»... repite Alicia
que desesperada lucha.
«Bien ; te suelto ; pero escucha,»
el guerrero respondió.
«Tu amor es para mi pecho
el mas rico de los bienes,

y á pesar de tus desdenes
te amo como nadie amó.

«Quisiera huir de tu lado
y á mi pesar vuelvo á verte ;
quisiera hasta aborrecerte
cuando te amo con furor.
Por tí abandono mi patria
puesta al borde de un abismo ;
por tí me olvido á mí mismo,
por tí mancillo mi honor.

«Ámame, y pondré á tus plantas
mi valor temido y bravo,
ámame, y seré tu esclavo,
lo que te plazca seré.
Ten piedad de mi tormento,
mirame ya con clemencia,
y arráncame la existencia
ó acepta mi ardiente fé.»

Y Gerion á estas palabras
doblegando su rodilla
la altiva cerviz humilla
ante la tierna beldad.
Y al ver que Alicia su rostro
aparta muda y severa,
prosigue de esta manera
con recóndita ansiedad:

GERION.

¡ Oh mujer! tú no comprendes
esta pasión que me inflama;
¡ tú no conoces la llama
que arde en mi pecho voraz!
Me arrojas á una pendiente
cercada de precipicios,
sin saber los sacrificios
de que por ti soy capaz.

Habla : ¿codicias riquezas ?
yo te buscaré un tesoro,
y alfombras de plata y oro
te servirán de escabel.
¿Amas la gloria?... Mi acero
relumbrando victorioso
contra el romano alevoso
te conquistará un dosél.

¿Qué es lo que puedo decirte,
qué es lo que puedo ofrecerte,
mujer, para convencerte,
para conseguir tu amor?
Tuyo es mi brazo, mi espada :
¿tienes algún enemigo
que merezca tu castigo,
que provoque tu furor ?

ALICIA.

Enemigos!... uno solo
me injuria con desacato.

GERION.

Dí una palabra y le mato,
habla, y te liberto dél.

ALICIA,

¡Infeliz!...

GERION.

¿Me compadeces?

ALICIA.

Me dá piedad escucharte
cuando debia mirarte
con el ódio mas cruel.

GERION.

Oh! basta : que ya me canso
de humillarme como un niño,
logrando en vez de cariño
la compasion ó el desdén.
Tiembra pues desventurada :
que si furioso me lanzo,
lo que de grado no alcanzo
sé conquistarle tambien.»—

Y así diciendo el guerrero,

cual toro que ardiente brama
si amor celoso le inflama,
abalánzase feroz.
Pero Alicia enardecida,
volviendo á un lado ligera,
de su espada se apodera
con movimiento veloz.

«¡Atras, infame; ó me mato!»
le dice con voz vibrante,
y á su pecho palpitante
dirige el hierro fatal.
De suerte que el fiero atleta,
retrocediendo asustado,
súbite queda parado
temiendo el golpe mortal.

Lanza despues un gemido,
y caminando al acaso,
mustia la faz, tardo el paso,

se aleja con estupor,
dejando libre á la bella
que temerosa respira,
y lejos de ella le mira
con mal oculto temblor.

Pero el rudo lusitano
cual tigre feroz y hambriento
cuando despues de un momento
fuera del bosque se vé,
retorciéndose los brazos,
da un rugido, mira al cielo,
golpea furioso el suelo,
y esclama «Me vengaré.»





VI.

VIRIATO.

Ebria de orgullo celebraba Roma
su fácil triunfo en el hispano suelo,
creyendo ver en su imperioso anhelo
á sus plantas postrada
la Península entera sojuzgada.
El vasto y suntuoso

templo de la victoria
lleno está de concurso numeroso,
que celebra gozoso
del *Pueblo Rey* la formidable gloria.

Los viejos senadores
se ocupan solo ya de los honores
que Sergio Galva en fastüoso dia
ha de obtener por su traicion impia.
Todos esperan la feliz llegada
del Pretor inhumano,
que al duro filo de terrible espada
llevó tan lejos el poder romano.

En la anchurosa y dilatada via
que al Capitolio guia,
se alzan regios altares
cercados de trofeos militares,
preciosas esculturas,
obra del cincel griego,

y ricas colgaduras
que forman juntas sorprendente juego.

Todo es placer y bulliciosa orgía
en la vasta ciudad que el Tiber baña ;
con bárbara alegría
se mofan todos de la triste España ,
cuando llegando con veloz carrera
ligeros corredores
truecan en rabia fiera
la alegre bacanal y sus clamores.
No es el Pretor triunfante ,
no es Galva victorioso
el que debe llegar: es un verdugo
que astuto y alevoso
quiso imponer abominable yugo
al pueblo mas valiente ,
y huyó con torpe miedo
cuando este pueblo levantó su frente.
No debe Roma ya cantar victoria ,

pues nuevos campeones
rompiendo sus legiones,
han eclipsado su brillante gloria.

Circula al punto la fatal noticia ;
y en tanto que el senado
condena la impericia
del jefe sorprendido y derrotado ,
nuevas tropas levanta
que pronto á Iberia guiarán su planta .

Vedlas : cruzando van los Pirineos ;
al Ebro llegan ya ; junto á Numancia
ansiosas de botin y de trofeos
detiénense con bélica arrogancia .
Los montes carpetanos
oyen poco despues los roncossones
del agudo clarin de los romanos ;
espesos escuadrones
ocupan ya los estendidos llanos ,

mientras cruje la tierra
bajo pesadas máquinas de guerra.

VIRIATO y sus valientes compañeros
se acercan con intrépida osadía
alta la faz ; desnudos los aceros.
Mas ¡ ay ! su bizzarria
y el generoso ardor con que combaten
no les dan aquel dia
en el revuelto choque porfiado
la verde palma, ni el laurel ansiado.

Se traba desde entonces
una guerra continua y desastrosa ,
que dejando dudosa
por largo tiempo entre las dos naciones
la contraria esperanza
que arde en los corazones
irrita la venganza ;
redobla los escesos,

aumentando el furor de la matanza :
y esta rabia feroz que nada enfrena ,
enciende mas el odio y lo envenena .

Hoy queda vencedor el extranjero :
mañana el español el triunfo canta ;
y ¡ay del vencido ! pues agudo acero
traspasa su garganta .

VIRIATO no desmaya ni un instante ,
y si nuevos peligros le rodean
en la sangrienta y desigual batalla ,
nuevos recursos halla
en su genio fecundo
que á Roma dan pavor y asombro al mundo .

Pero la guerra es larga , interminable ,
triste el presente , el porvenir oscuro ,
el poder del romano formidable ,
el triunfo de la Patria mal seguro ;

y aunque el bravo caudillo
impertérrito lucha,
ya en torno suyo levantarse escucha
murmullos apagados
que indican el cansancio en los soldados.

Ardiendo en fiera saña,
llega entonces Gerion al campamento,
que irrita el descontento
sembrando quejas con oculta maña,
y pronto hiera el viento
la voz tumultuosa
de los que infame paz necios prefieren
al claro nombre y á la fama honrosa
de los valientes que en la lucha mueren.

¿Qué hará el noble VIRIATO contemplando
inútil su valor y su heroísmo,
y al borde de un abismo
la desgraciada España

cuyos hierros rompió con noble hazaña?

Sitiado por el bárbaro enemigo
que ataca ya sus últimas defensas,
falto de pan y con escaso abrigo,
cortas sus tropas, las de Roma inmensas,
murmurando su gente amotinada
quejosa ya de su destino impío,
sin mas apoyo que su fuerte espada,
sin mas consejo que su audacia y brío,
¿arrostrará valiente
los males que le cercan por do quiera,
ó al rebramar de la borrasca fiera
con torpe miedo bajará la frente?
¡Oh! no; jamás: su corazon ardiente
no retrocede ante barrera alguna:
si ciega su fortuna
ha podido menguar, sus bríos crecen:
en tanto que sus tropas desfallecen,
él jura no envainar el hierro insano;

y hombres como el caudillo lusitano
ó cumplen lo que juran, ó perecen.

En turbas numerosas
las tropas sediciosas
del campamento á un lado se retiran,
y en contra de su gefe, sin recato
vociferando están, cuando á VIRIATO
mudo y terrible en su presencia miran.

Bajan todos la faz avergonzada,
y del bravo caudillo en la presencia
queda la turba con pavor callada
cual criminal que aguarda su sentencia.
Fijando en torno su mirada ardiente,
VIRIATO se adelanta,
sosegado el semblante, alta la frente,
tranquilo el corazon, firme la planta.

«¿Qué haceis, desventurados?»

(dice con voz atronadora y fuerte.)

«Estamos rodeados
de bárbaros soldados
que nos amagan con sangrienta muerte,
¿y vosotros, rendidos los aceros,
no pensais cual valientes defenderos?»

—«¡Queremos paz! (contesta
con rudo atrevimiento
un español de faz dura y enhiesta.)

«Harto ya del romano
hemos sentido la pesada mano.
Harto con valentía
hemos luchado un dia y otro dia :
despues de tanto combatir en vano ;
despues de tanto arrojo y osadía,
¿qué resta á nuestra gente en su quebranto?
hambre, miseria, desnudez y llanto.
Tratados de bandidos,
cual fieras acosados,

cual mónstruos perseguidos;
sin un palmo de tierra
donde vivir tranquilos,
buscando por la sierra
recónditos asilos :
tal es la vida odiosa
que al lado tuyo sin cesar llevamos;
y aunque la muerte fiera despreciamos,
y el peligro mayor no nos aterra,
ya todos esclamamos
es precisa la paz, basta de guerra.»

— «¿Y qué paz esperais de los romanos?
¿Será tal vez la que el infame Galva
en Lusitania dió á nuestros hermanos?
No ha dado aun el extranjero impuro
bastantes pruebas de su vil falacia
siendo mil veces á su fé perjuro,
que hoy confiados esperais su gracia?
¿ Quereis que en su amargura

no tenga ya la patria defensores
que puedan con bravura
arrostrar de la suerte los rigores?
¿Quereis que en negro duelo
nuestras madres y hermanas violadas,
clamando al alto cielo
desesperadas lloren,
y con amargo anhelo
venganza pidan y socorro imploren;
y socorro y venganza
no satisfagan nunca su esperanza?
Si tal quereis, marchad; nada os detenga:
franca la via está, libre el sendero;
pero decid primero
que con locos alardes
desafiábais el peligro fiero,
y ante el peligro desmayais cobardes:
que corazon os falta;
que el grito de la patria ya no os mueve,
la voz de vuestras madres no os exalta,

el llanto de las hijas no os conmueve.
Ea, marchad, corred; libre está el paso:
¿qué os detiene ya, pues? ¿qué os amedrenta?
¿Retrocedéis acaso
ante infamia tan vil, á tal afrenta?
¡Oh! sí: retrocedéis: sois españoles:
si un instante cejásteis con pavor,
brillais de nuevo como ardientes soles.
Ya en vuestros ojos veo
lucir la intensa llama
que de gloria inmortal muestra el deseo.
Ya en vuestros pechos el valor se inflama.
ya vuestros piés la tierra
golpean impacientes,
y al grito de la guerra
levántanse las frentes:
atentos los oídos
esperan el instante
de escuchar los sonidos
del clarín belicoso y penetrante:

ya todos la pelea
valientes anhelando:
veis con furor del enemigo bando
la negra enseña que arrogante ondea:
ya todos gloria y fama
deseais adquirir con brazo fuerte:
¿quién de vosotros ya teme la muerte?
¿quién de vosotros ya la paz aclama?»

Así dice VIRIATO, y á su acento
cual de eléctrica llama sacudidos
los españoles todos al momento
claman por la pelea enardecidos.

VIRIATO les contempla y se sonríe:
¡oh! ¡cuánto dice la sonrisa aquella!
Es el triunfo del genio, que brillante
hace de nuevo relucir su estrella.
Gerion lanza un rugido pavoroso,
roja la enhiesta frente,
en tanto que el caudillo generoso

desplega en órden su escuadron valiente.

Con rápida ojeada
midiendo la campiña dilatada
que ocupa la feroz hueste extranjera,
dispone la jornada ;
y en estendida hilera
sus bizarros ginetes se adelantan
á los contrarios con veloz carrera ,
que ya orgullosos la victoria cantan.
En tanto los peones
se ocultan con presteza
por varias direcciones
de un no lejano monte en la maleza.
El enemigo acometer resuelve
al escuadron que las espaldas vuelve ,
atrayéndole al sitio do emboscada
la infantería espera preparada.
Engañado el romano
le sigue con empeño ,

imaginando ufano
ser ya del campo vencedor y dueño.

Mas, pronto su alegría
se trueca con pavora
en gritos de agonía
y en ayes de amargura.

Es angosta la via
por do apretados pasan,
y antes que del peligro se apereiban,
nubes de gruesas piedras les derriban,
miles de agudas flechas les traspasan.
Retroceder pretenden, pero es tarde;
un triple muro de aceradas puntas
detiene su valor: con loco alarde
intentan avanzar, y de repente
volviéndose de frente
el escuadron que huia,
aumenta su quebranto
sembrando en torno confusion y espanto.

Cual fiera que salió de su guarida
y por oculto lazo detenida,
hallándose sujeta
pugna, forceja y escapar ansía,
y cuanto mas porfia
estrecha mas el lazo que la aprieta,
y al fin cuando rendida su pujanza
por todos lados mira
perdida su esperanza,
y oye á su compañera
que en otro lazo ahulla prisionera,
así cada romano
desesperado lucha,
y el hondo grito con terror escucha
que lanza ronco al espirar su hermano.

Ya cada cual por escapar se empeña
y á la fuga se lanza :
mas ay! ¡vana esperanza!
que en cada matorral, en cada peña,

en cada tronco inerte
se oculta un español de rostro fiero
con formidable acero
que se alza, brilla, cae y se dá la muerte.

VIRIATO en tanto por dó quier discurre;
y ora su voz de mando
de sus valientes el ardor exalta,
ora en las rotas filas penetrando
con fuerte brío al enemigo asalta.
Cual génio de la guerra
que como ardiente rayo
hace á su paso retemblar la tierra,
y á todos llena de mortal desmayo,
su sola vista al enemigo aterra.
El hierro de su lanza
no encuentra ya á su paso
pechos que atravesar; de oriente á ocaso
la indómita pujanza
de su ardiente corcel huella tan solo

cadáveres convulsos, destrozados,
y ya por todos lados
con gritos de victoria
celebran sus soldados
del nuevo triunfo la alcanzada gloria.

La blanca luna con su clara lumbre
se alzaba en Occidente
bañando tibiamente
las pardas rocas de lejana cumbre,
cuando el clarín sonoro
tocando á recoger, en breve rato
junta los adalides
que van en pos del inmortal VIRIATO
á ganar nueva palma en nuevas lides.



de los que se han escrito en el mundo.

Y se han publicado en el mundo
con fines de utilidad para el
estudio de las ciencias y de
del nuevo mundo la literatura.

La historia de las ciencias y de



VII.

EL EMBAJADOR.

Era algun tiempo despues :
todavía en árdua guerra,
se ensangrentaban los campos
de la destrozada Iberia.
Todavía el eco ronco
de la bélica trompeta

desde el suelo lusitano
hasta las Galias resuena.
Numancia, timbre de España,
alzando al fin la cabeza,
sacude el pesado sueño,
tiende al aire su bandera
y conduciendo sus hijos
á la batalla sangrienta
dá principio á la campaña
cuyas célebres proezas
siendo terror del romano
hicieron su fama eterna.
La demolida Sagunto,
cual Fénix que se renueva,
reviviendo en sus cenizas
tambien á la lid se apresta.
Los que cultivan los campos
que el Bétis fecundo riega,
los carpetanos valientes
que junto al Tajo se albergan,

los Cántabros indomables
en sus escarpadas peñas,
todos á VIRIATO aclaman,
todos su tropa refuerzan,
todos con cantos de gozo
su heróico triunfo celebran.

VIRIATO es el primer nombre
que con balbuciente lengua
pronuncia el débil infante
que al pecho materno enelga.

VIRIATO dicen los viejos
que ya al sepulcro se acercan
cuando sus hechos ensalzan,
cuando sus hazañas cuentan.

VIRIATO dicen los campos,
VIRIATO se oye en las selvas,
VIRIATO el eco repite,
do quiera VIRIATO suena.

Y este nombre victorioso
que al bravo español alienta

llena de espanto al romano
que solo al oirlo tiembla.

Ya no hay bélicas legiones
que voluntarias se ofrezcan
desde el alto Pirineo
á pasar nuestras fronteras,
que en cien combates sangrientos
vieron sus filas deshechas,
y encuentran muerte segura
en vez del lauro que anhelan.

En sus cuarteles las tropas
en el verano se encierran,
cual si el invierno cubriese
de escarcha y nieve la tierra.

Pero la ciudad del Tiber
siempre tenaz en su empresa,
cuanto mas desastres llora
mas en la lucha se empeña.

Ya no envia sus Pretores,

es un cónsul el que llega
á revindicar su fama
dando término á la guerra.

Fábio Servilio es su nombre :

su faz tranquila y severa

bajo una apariencia noble
oculta un alma perversa.

Diestro en pérfidos ardides ,

nunca repara en la senda

que ha de seguir en sus planes

si es que á su objeto le lleva.

Con formidable aparato

le siguen en su carrera

numerosos escuadrones ,

gentes de raza diversa ,

arietes de bronce duro ,

balistas de enorme fuerza ,

catapultas que disparan

en cada tiro mil piedras ,

y elefantes monstruosos

de elevación gigantesca,
cuyos colmillos destrozan,
y cuya vista amedrenta.

Con este marcial estruendo,
con esta pompa guerrera,
presentándose en España,
llena de espanto la Bética,
asolando sus campiñas,
destruyendo sus aldeas,
y asesinando inhumano
cuantos míseros encuentra.
Rápido como el relámpago
VIRIATO con estas nuevas
dobla montes, cruza llanos,
anchos rios atraviesa;
y atacando de improviso
al romano en sus trincheras,
opone un dique al torrente
que todo tragarlo intenta.

Después de recias batallas
y de mil reñidos choques,
contemplando el cónsul Fabio
medio rotas sus legiones,
un embajador envía
la paz pidiendo en su nombre
á los héroes que su Patria
defienden como leones.
El caudillo lusitano
y sus bravos españoles
ansiosos de poner término
al prolongado desorden
de una guerra porfiada,
cuyos sangrientos furores
llenan el suelo de estragos
y luto los corazones,
con urbana gentileza
al embajador acogen,
escuchando favorables
los tratados que propone.

VIRIATO viendo humillados
los altivos invasores
cuyas formidables fuerzas
hacian temblar el orbe,
y hoy tratan con deferencia
al que han mirado hasta entonces
como un foragido infame
indigno de su renombre,
y escuchando de la Patria
los repetidos clamores
con que le pide angustiada
que sus males no redoble,
aprovecha de la suerte
los momentáneos favores:
y con activa presteza
otra embajada dispone
que pase al romano campo,
y allí siguiendo sus órdenes,
alcance una paz honrosa
que sus esfuerzos corone.

El voto de los soldados
designa en públicas voces
que el cargo de la embajada
por dignidad corresponde
al mas bravo entre los héroes
que el ejército componen ;
y señalando á Gerion
con voluntades acordes,
solo aguardan que VIRIATO
su nombramiento sancione.

El generoso caudillo
que en Gerion no reconoce
un émulo á sus hazañas
y un rival en sus amores,
sinø un valiente guerrero,
cuyos sentimientos nobles
hacen que de sus hermanos
solo la dicha ambicione,
de sus bravos oficiales
atento los votos oye,

y al terrible lusitano
por embajador escoge.
Este acepta el grave cargo
y á la marcha se dispone;
pero una sonrisa horrible
aparece en sus facciones,
cuando al salir de su tienda
monta, y el raudo galope
de su ligero caballo
que cruza llanos y montes,
le conduce al campamento
de las contrarias legiones.

Con estudiado agasajo
y fingida estimacion
recibe el cónsul romano

al mensajero español.

Admitiéndole en su tienda
con cortesana atención,
hace alarde ante sus ojos
de un lujo deslumbrador
que por su dicha hasta entonces
España desconoció.

Belicosos instrumentos,
trompas de armónico són,
relumbrantes armaduras
que roban su luz al sol,
alfombras de blandas pieles,
telas de rica labor,
jarrones de blanco mármol
y admirable construcción,
cuyos preciosos relieves
de sorprendente primor
coronan miles de flores
que con rica profusión
sus perfumados aromas

esparcen en rededor,
anchas mesas preparadas
con cuanto el gusto inventó;
fuentes de gratos manjares,
copas de dulce licor,
que halagando los sentidos
oscurece la razon,
todo se muestra á la vista
del rústico embajador
que subyugada la mente
y embargado el corazon
por un designio implacable
y un pensamiento feroz,
ni repara en aquel fausto
ni á su brillo dá valor.

Sagaz el cónsul observa
la profunda distraccion
y la lúgubre mirada
del taciturno español.

No tarda en apercibirse
del mal fingido calor
con que defiende los derechos
de la Ibérica nacion,
y astutamente sorprende
con ojo escudriñador
en su pálido semblante
repentina contraccion
cuando el nombre VIRIATO
en sus labios resonó.
Ansiando saber la causa
de su oculta agitacion
y penetrar un secreto
que su interés cautivó,
con corteses ademanes
propone al fiero Gerion
partícipe del banquete
que en su obsequio preparó.
Aceptando el lusitano
tan distinguido favor ,

reclina su rudo cuerpo
sobre blando almohadon ;
mientras del astuto cónsul
el lábio agasajador
procura con hábil maña
sondear su corazón.
Pero el sombrío guerrero
apenas oye su voz ,
y responde á sus palabras
con rápida concision.
Dudaba Fabio Servilio
de quedar ya vencedor
en la trabajosa lucha
que confiado emprendió ,
cuando luminosa idea
cruza su mente veloz
exaltando de improviso
su viva imaginacion.
Cogiendo dorada copa
de embriagante licor

y mirando al tosco atleta,
de esta manera exclamó:
«Brindo por vuestras victorias
en los combates de amor.»

La súbita mordedura
de una vívora feroz
que oculta bajo la yerba
clava el diente matador,
no hubiera arrancado nunca
del vigoroso Gerion
un prolongado rujido
tan ronco y aterrador
como las breves palabras
que el romano pronunció.
Los desdenes con que Alicia
paga su ardiente pasión,
de su rival la fortuna
de quien vá la dicha en pos,
los emponzoñados celos

cuyo terrible aguijón
le hace sufrir un tormento
que cada día es mayor,
la sanguinaria venganza
que despechado juró,
ódio, amor, celos y rábía,
todo en negra confusion
ciego se agolpa á su mente
con redoblado furor.
Observándole el romano,
con placer reconoció
haber tocado la llaga
que ulceraba el corazon
del formidable guerrero
con escondido dolor;
y alegre con la ventaja
que aquel ataque le dió,
manda despejar la tienda
quedando solos los dos.

Al cabo de largo espacio
el terrible embajador
dejaba el campo romano
por volver al español.
Nadie de la conferencia
las palabras escuchó,
pero el caudillo extranjero
con indiferencia atroz
decía poco despues
al gefe de una legion :
«Participad al Senado
que ha quedado vencedor,
pues ya la rebelde España
bajo sus plantas cayó.»



Al calor de las horas de la tarde
 el torcido camino
 dejó el camino romano
 por volver al español.
 Desde de la confluencia
 las palabras escuadradas
 pero el cambio de dirección
 con indolencia
 había poco después
 el gusto de una región
 participada al sentimiento
 que las quedaba con ellos
 pues ya la rebeldía España
 bajo sus plantas cubría
 y en el primer momento
 se veía
 y se veía
 y se veía
 y se veía



VIII.

LA TRACION.

Feliz el bravo caudillo
de una nacion esforzada
cuya relumbrante espada
brilla temida do quier,
si tuviera solamente
con valeroso ardimiento

en el marcial campamento
enemigos que vencer !

Frente á frente del peligro
que amenaza devorarle,
puede fuerte conjurarle
ó luchando sucumbir.
Que nunca tiembla un valiente
dando al miedo torpe abrigo,
si conoce al enemigo
con quien debe combatir.

Mas, ¿quién guardará su vida
si el que mira como hermano
solo le estrecha la mano
para venderle mejor ?
¿ Qué vale estar prevenido
contra riesgos y amenazas,
si no hay petos ni corazas
que defiendan de un traidor ?

VIRIATO ve satisfecho
tremolando por do quiera
la victoriosa bandera
del ejército español,
y descansa confiado
en el entusiasmo ardiente
de la nación mas valiente
que alumbró jamás el sol.

Trata cariñoso al pueblo
que en torno suyo se agrupa
como caudillo que ocupa
la suprema dignidad.
Que ni sus nobles hazañas,
ni su refulgente gloria
le borran de la memoria
su primera oscuridad.

Con gozo mira cumplirse
el deseo que le inflama,

pues su esclarecida fama
llena el hispano confin.
Y el orgulloso extranjero
tantas veces derrotado,
en su presencia humillado
propone la paz al fin.

¡La paz! Angel de ventura
que huyó al eco de la guerra
dejando la hispana tierra
sumerjida en la afliccion!
¡La paz! Este es el objeto
por quien VIRIATO pelea,
este el fin que mas desea
su esforzado corazon.

Gerion regresando al campo,
aumenta su confianza
con la segura esperanza
de firmarla sin tardar.

Y el valeroso guerrero
solo aguarda el fausto día
que debe con alegría
sus esfuerzos coronar.

Ya no mas de la trompeta
suene el eco clamoroso,
ni el redoble pavoroso
que espanto á las madres dá.
Pues recobrando de nuevo
la Patria sus caros hijos,
con públicos regocijos
sus males olvidará.

Vuelvan á la vaina fria
los relucientes estoques,
pues han cesado los choques
de la ensangrentada lid.
Y pronto ornarán los campos
no las lanzas enemigas,

sino las rubias espigas
de la fructífera vid.

Ya no mas en árdua lucha
disputar costosa palma,
ni sufrir la horrible calma
de pesada esclavitud.
España rompió sus hierros
y bien pronto poderosa
alzará su faz hermosa
radiante de juventud.

Así discurre el caudillo
de la nacion española,
contemplando la auröola
que ciñe su ilustre sien.
Y al ver á la Patria fuerte
contra ambiciosos desmanes,
por sus penosos afanes
se dá grato parabien.

Mas ay! vana confianza
su corazon alimenta,
pues la furiosa tormenta
brama sordamente ya.
Y aunque el sol brilla sin nubes,
y de luz el suelo inunda,
pronto con fuerza iracunda
la borrasca estallará.

VIRIATO no mira en torno
sino soldados parciales,
en cuyos pechos leales
no cabe pérfido ardid;
sin ver que pueden los celos
con su ciego desatino
trocar en hierro asesino
la espada de un adalid.

Y no es un soldado oscuro
quien en silencio se agita

y tal infamia medita
con implacable rencor;
es un gefe esclarecido
cuyo formidable acero
cien veces brilló el primero
en el campo del honor.

El que partió con Viriato
la gloria de sus campañas,
y con ínclitas hazañas
hizo al romano temblar,
es el que afila en secreto
el penetrante cuchillo
que del célebre caudillo
debe el pecho atravesar.

Es Gerion el rudo atleta,
cuyos celos escondidos
largo tiempos comprimidos
rebotan ya por do quier,

el que juró ¡ miserable!
echar rodando por tierra
al que en la sangrienta guerra
no pudo Roma vencer.

Si cuando la bella Alicia
despreció su ardiente afecto
fué solo un vago proyecto
esta venganza feroz,
hoy despues de tantos dias
de sufrimiento prolijo
es ya un pensamiento fijo,
inexorable y atroz.

La diabólica malicia
del cónsul, en hora aciaga,
supo enconar mas la llaga
que sangre brotaba ya.
De suerte que el ódio insano
que su corazon absorve,

ni todo el poder del orbe
desvanecer logrará.

Solo tal vez en el mundo

Alicia conseguiria

detenerle todavía

en su pendiente fatal.

Mas, fiel la inocente jóven

á sus deberes de esposa,

no escucha la voz odiosa

de su pasion criminal.

No le escucha ; y esta llama

que al tosco atleta atormenta

en vez de menguar aumenta

con desesperado ardor,

mientras que de su venganza

el horrible juramento

se le ofrece al pensamiento

cual fantasma aterrador.

¡Oh! ¡cuánto padece un alma
tan sin piedad combatida!
¡Cuán espantosa es la vida
si no hay esperanza ya!
Ved á Gerion : aun es jóven,
y sus ojos se oscurecen,
sus cabellos encanecen,
su frente arrugada está.

Junto al campo, en una selva
donde el silencio es profundo,
se le vé meditabundo
marchando sin direccion.
Gotas de sudor espeso
bañan su pálida frente,
mientras con latido ardiente
se le salta el corazon.

A veces su ronco pecho
exhala un sordo gemido

quedando luego sumido
en silencioso estupor.
Ya vierte penoso llanto,
ya con siniestra mirada
suelta hueca carcajada
que hace temblar de pavor.

De pronto su faz se anima,
y con estraña dulzura
su lábio un nombre murmura...
Es un nombre de mujer.
¡Infeliz! ¡el mismo siempre!
Siempre el de la bella Alicia,
su inquietud y su delicia,
su tormento y su placer.

¿Espera tal vez?.. ¡Quién saber!..
¡Si ella su voz atendiera!..
¡Si al oírle comprendiera
cuán profundo es su dolor!..

Es cierto que á su presencia siempre ha temblado de espanto: pero el amor puede tanto!..

¡Y es tan intenso su amor!

Cálmase por un momento con esta loca esperanza la idea de la venganza que en su despecho juró. Y abandonando la selva donde marchaba al acaso, con firme y ligero paso nuevo camino emprendió.

En una tranquila aldea no lejos del campamento, es donde fijó su asiento la encantadora beldad. Y allí Gerion se dirige fatigado y sudoroso,

aunque en el rostro animoso
no revela su ansiedad.

Va, corre, llega. ¡Oh cuán pronto
desparecerá ligera
la esperanza lisonjera
que alucinándole está!
La tierna Alicia se encuentra
junto á su intrépido esposo,
que mas que nunca amoroso
de ella se despide ya.

Siguen á corta distancia
su paso algunos guerreros
cuyos semblantes severos
medio tostados del sol,
se animan viendo á la hermosa,
que formando estrecho lazo
marcha apoyada en el brazo
del noble gefe español.

¡Cuán bella está! ¡Cómo brilla
con sus ojos animados,
con sus brazos torneados
y su rostro encantador!
¡Qué dulzura en su sonrisa!
¡Qué gracia en sus movimientos!
¡Qué ternura en sus acentos!
¡En sus ojos qué candor!

Mas, ¡ay! aquellas pupilas
pierden su fuego brillante,
y súbito su semblante
cubre palidez mortal.
Le ha visto, sí; su mirada
se ha encontrado de repente
con otra mirada ardiente,
deslumbradora, fatal.

La jóven tiembla, y se abraza
con su idolatrado dueño;

este la estrecha risueño
dándola el beso postrer.
Y en aquel instante, un hombre
á quien maldice el Eterno,
dá un rugido que el infierno
repetirá con placer.

Todo acabó. La esperanza
que brillando todavía,
con los celos combatía,
para siempre se apagó.
Y Gerion ya desde entonces
despeñado en su carrera
no es un hombre, es una fiera
que el abismo vomitó.

De noche, cuando en sus tiendas
los intrépidos soldados
al blando sueño entregados
el día esperando están,
cuando la tiniebla fría
en sombras la tierra envuelve,
es cuando el traidor resuelve
consumar su inícuo plan.

Vedle, su tienda abandona
con misterioso recato,
y á la del noble VIRIATO
guia el vacilante pié.
Su tenebrosa mirada
se fija con torvo brillo
en un agudo cuchillo
que en su cintura se vé.

De pronto detiene el paso,
oculta el hierro asesino,

y tuerce de su camino
la emprendida direccion.
Ya corre con lijereza,
ya reprimiendo el aliento
se pára por un momento
y avanza con precaucion.

Temiendo un fatal encuentro
vuelve la vista azorada,
pues á su mente exaltada
por un delirio cruel,
cada sombra es un soldado,
cada tronco un centinela
que le espía con cautela,
que en silencio va tras él.

Llega por fin á la tienda
donde el héroe se halla inerme
y en calma profunda duerme
sin temer ningun desman.

El pérfido que le acecha,
pára el paso, alarga el cuello,
y oye el pausado resuello
del dormido Capitan.

—«Duerme»— dice el miserable
con espantosa alegría,
y empuña con rabia impía
el afilado puñal.

La luna ilumina entonces
con luz pálida y siniestra
aquel rostro en que se muestra
la espresion mas infernal.

¡Oh! causa espanto el mirarle
con la frente desgredada,
la vista desencajada,
el semblante sin color,
abiertos los gruesos labios,
el corazon palpitante,

y en la diestra relumbrante
el cuchillo matador.

Con ansiedad angustiosa
de nuevo aplica el oído ;
mas todo está sumergido
en silencio sepulcral.
Resuélvese, en fin ; avanza ;
alarga los brazos, entra,
y en la presencia se encuentra
de su temido rival.

¡ Infeliz ! acaso entonces
sueña planes de ventura
para la suerte futura
de la Ibérica nacion !
¡ Acaso escucha los vivos
de un pueblo que le rodea ,
y ansioso le victorea
con sonora aclamacion !

¡Tal vez su grato trasporte
le conduce con delicia
á los brazos de su Alicia ,
cuya envidiada beldad,
ha sido la ardiente chispa
que en fuego voraz enciende
al pérfido que le vende
con sacrilega impiedad !

Mira Gerion un instante
al indefenso guerrero ,
levanta el brazo , y su acero
se clava sin compasion.
¡Traicion! esclama VIRIATO
con penetrante lamento ,
y cae sin movimiento
traspasado el corazon.

Huye el traidor; pero el grito
del caudillo asesinado,

por el campo ha resonado
y alarma las tropas ya.
En vano el malvado corre;
tiembla, resbala, tropieza,
y al levantar la cabeza
cercado do quier está.

El espantoso desórden
de su rostro y de su traje,
su frenético coraje,
su criminal turbacion,
y el puñal que ciego esgrime,
tinto en sangre todavía,
descubren su felonía,
publican su traición.

Tántalo que fué el primero
que veloz cogiendo un arma
al ronco grito de alarma
se lanzó con rapidez,

arrojándose furioso
sobre el furibundo atleta;
le derriba y le sujeta
con heróica intrepidez.

Lucha Gerion, pero en vano;
no hay nadie que le defienda,
y es arrastrado á la tienda
del infeliz Capitan.

Llegan, llaman, no responde:
entran con ansioso pecho,
se acercan al frio lecho,
y miran con hondo afan.

«¡Muerto!» prorrumpen cien voces
con penetrante alarido
al ver en sangre teñido
al valiente general.
Los soldados se abalanzan,
ven el cadáver sangriento,

y asordan el campamento
con un grito universal.

«¡ Venganza !» repiten todos
con formidable rugido,
y este grito es repetido
por el eco atronador.
«¡ Venganza !» y á un mismo tiempo
se alzan mil armados brazos
y hacen al punto pedazos
al pérfido matador.

Apenas queda en su sangre
vengado el horrendo crimen ,
cuando los soldados gimen
con el dolor mas atroz,
junto al cuerpo de VIRIATO
que sumido en sueño eterno
ni vé ya su afecto tierno,
ni escucha su triste voz.

No es solo un ilustre gefe,
no es solo un padre querido
el que lamentan perdido,
el que por el suelo ven.
Es el héroe á cuyas plantas
se humillaba la fortuna,
es la robusta coluna
que fué de España el sosten.

¿ A quién volverá los ojos
la Patria en sus hondas penas,
si el que rompió sus cadenas
duerme ya en el ataúd?
¿ De qué valió su heroísmo,
si tras de lucha tan larga
sufre de nuevo la carga
de extranjera esclavitud?

Así los bravos guerreros
lamentando su quebranto,

derraman acerbo llanto
mirándose con terror.
Y conociendo el abismo
á cuyos bordes se encuentran,
en sus pechos reconcentran
el mas profundo dolor.

Unos maldicen de nuevo
al pérfido lusitano,
otros tratan al romano
como autor de la maldad.
Y todos por su caudillo
desconsolados suspiran
y en el porvenir no miran
mas que negra oscuridad.





EPILOGO.

El sol asoma ya; la azul techumbre
muestra su limpio y trasparente velo,
y al grato brillo de la hermosa lumbre
el ave canta y se despierta el suelo:
en el campo español la muchedumbre
gime y solloza con amargo duelo,

pues aumenta su lúgubre agonía
al claro amanecer del nuevo día.

Bien pronto abierta se hallará la tumba
que ha de cubrir al inmortal guerrero ;
ya en todas partes con dolor retumba
de sus amigos el adios postrero ;
el eco ronco que en los aires zumba
cada instante es mas triste y lastimero,
y en torno del cadáver los soldados
mas que nunca suspiran angustiados.

En medio de ellos avanzar procura
una mujer con paso vacilante,
descompuesta la negra vestidura ,
suelto el cabello , pálido el semblante.
Es Alicia infeliz que se apresura
por ver al dueño de su amor constante,
al dulce objeto por quien solo existe ;
hoy de perfidia atroz víctima triste.

Al verla los soldados abren ala
con noble compasion ; la pobre viüda,
flor despojada de su antigua gala
por el furor de tempestad sañuda ,
hondos gemidos de su pecho exhala ,
y el paso mueve temblorosa y muda ;
ve el cadáver, da un grito , se estremece ,
abrázase con él... y desfallece.

¡Oh ! si pudieran sus hinchados ojos
llanto verter en abundoso rio !...
Mas no puede llorar ; en sus enojos
secó sus fuentes el dolor impío ;
y abrazada á los lívidos despojos
del que adoró con ciego desvario ,
inmóvil, yerta , en su cruel tormento
exhala muda el postrimer aliento.

¡ Infeliz ! una mi sma sepultura
tus restos cubrirá y los de tu esposo ;

un mismo sauce con su sombra oscura
protegerá vuestro eternal reposo.
En el mismo lugar con amargura
derramará su llanto silencioso
la Patria que perdió de un golpe fiero
su hija mas bella y su mejor guerrero.

En tanto Roma con altiva frente
dirige en torno su feroz mirada ;
vé ya cumplido su deseo ardiente ;
vé ya la España muda y aterrada :
del Atlántico mar hasta el Oriente
se ostenta su bandera desplegada ;
y su planta de hierro el cuello oprime
de la noble nacion que esclava gime.

Tántalo intenta vindicar su fama
con decision la lucha prosiguiendo ,
é inútil sangre su valor derrama
en las revueltas del combate horrendo ,

pues ya la paz su ejército proclama;
y al fin dejando el belicoso estruendo,
sigue en breve á los cantos de bravura
la calma atroz de servidumbre dura.

Pero á lo lejos en su enhiesta sierra
su faz levanta la inmortal Numancia,
y al mundo muestra en porfiada guerra
quebrantando de Roma la arrogancia,
que siempre España en su confin encierra
valientes hijos de marcial constancia,
que si encuentran adversa la victoria
saben muriendo conquistar la gloria.



que ya se ha en el siglo pasado
y al fin de la guerra de independencia
sigue en su estado de guerra
la calma que se ve en el mundo
Por lo que se ve en el mundo
en las revoluciones de la independencia
y el mundo no se ha en guerra
preparando de hoy la guerra
que siempre se ha en el mundo
tales hijos de la independencia
que se encuentran en el mundo
saben también encontrar la guerra

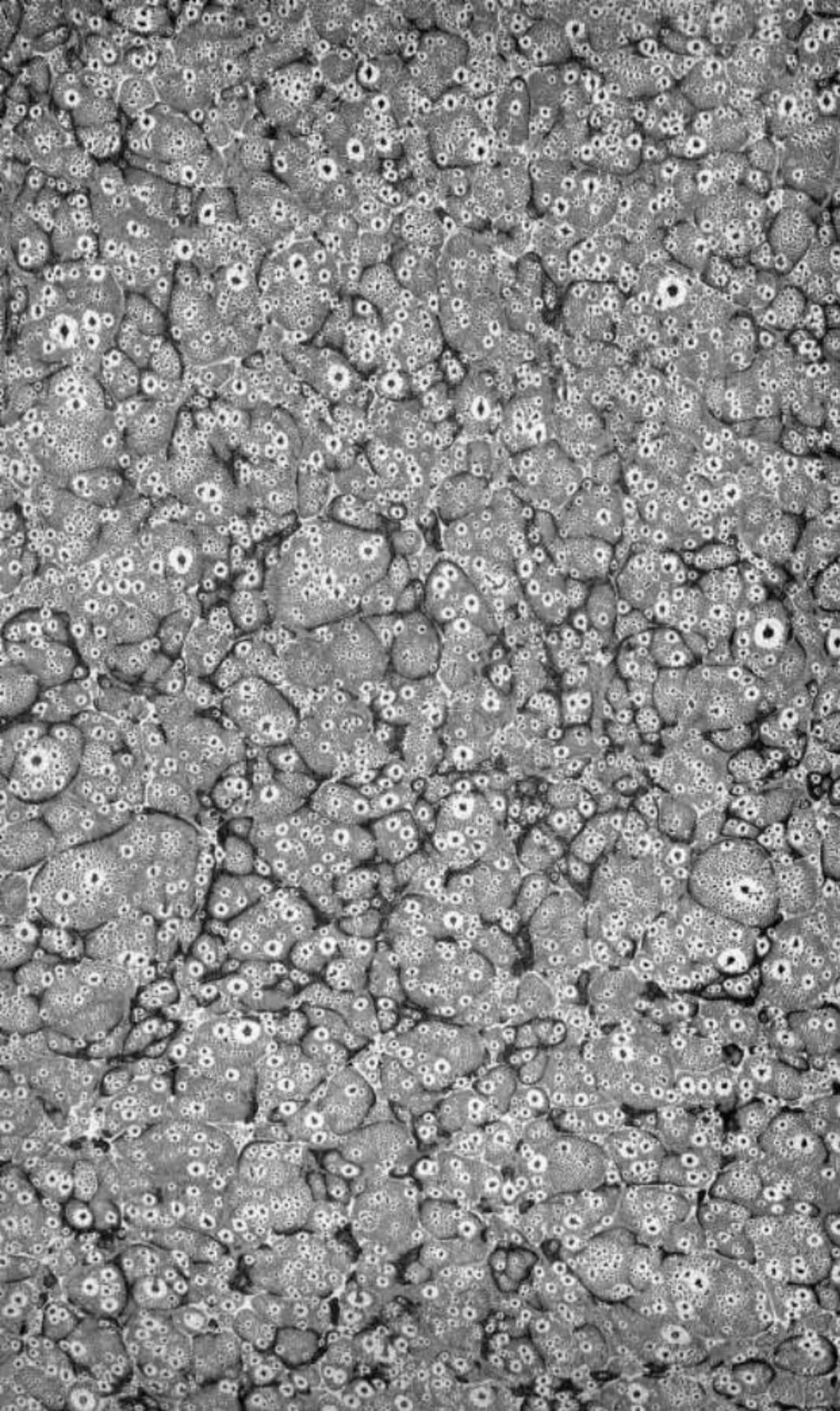


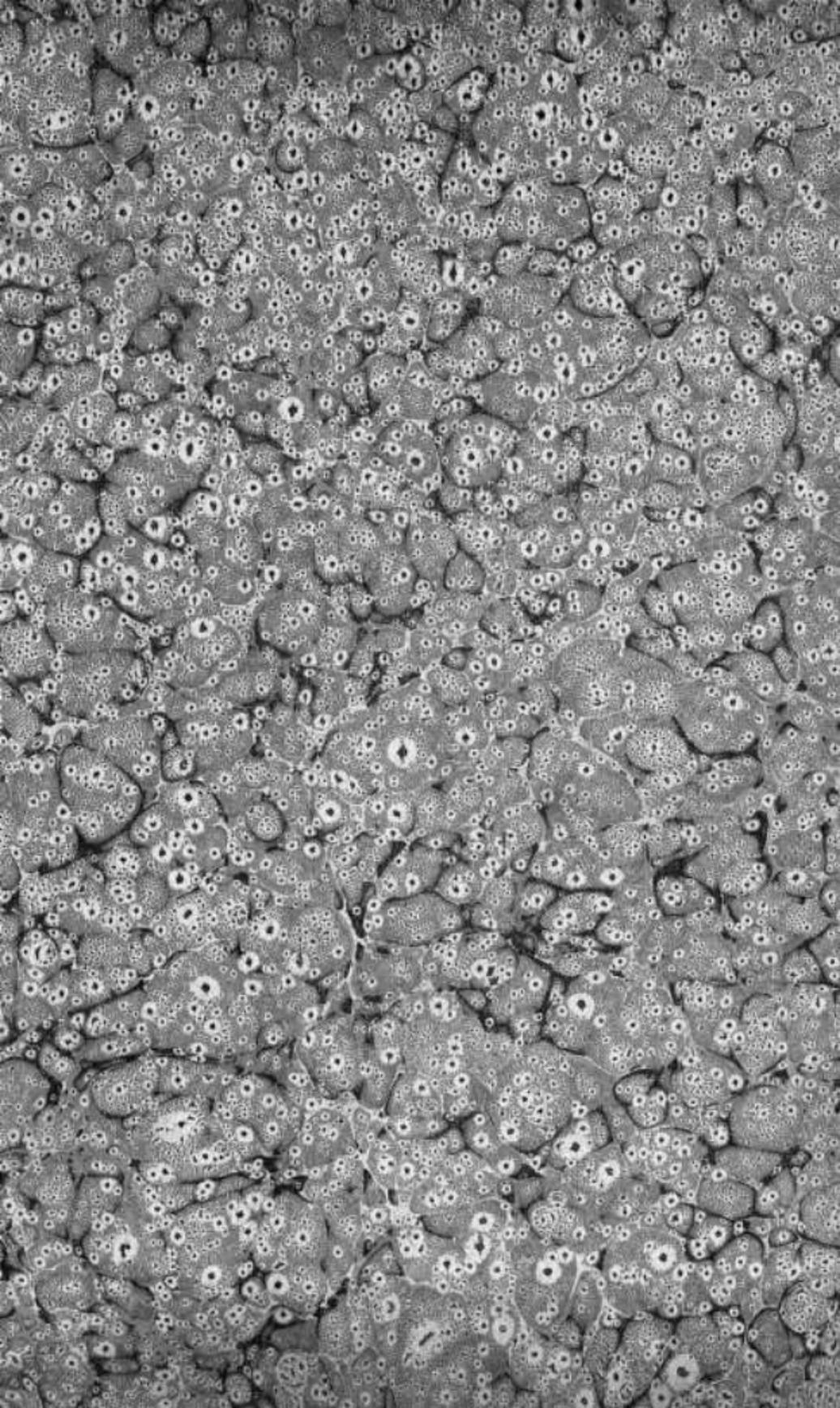
INDICE.

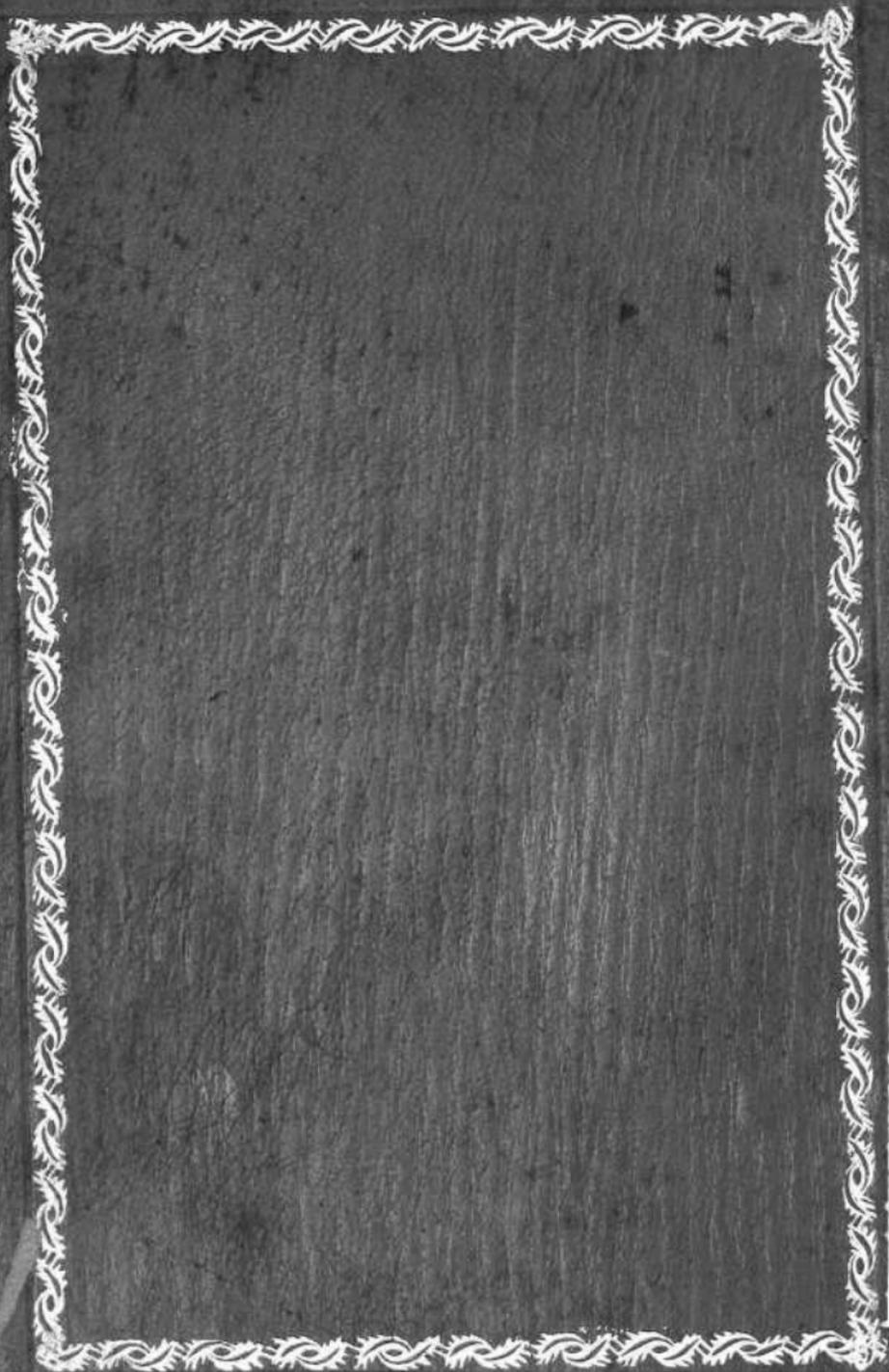
	<u>Pág.</u>
INTRODUCCION.	8
I.— <i>Los juegos.</i>	13
II.— <i>La fé romana.</i>	35
III.— <i>La eleccion.</i>	49
IV.— <i>La guerra.</i>	63
V.— <i>Gerion y Alicia.</i>	81
VI.— <i>Viriato.</i>	105
VII.— <i>El Embajador.</i>	125
VIII.— <i>La traician.</i>	143
EPÍLOGO.	169

INDICE

Pág.	
8	Introducción
15	I.—Los jueces
33	II.—La ley romana
49	III.—La elección
67	IV.—La guerra
81	V.—Geron y Alaric
105	VI.—Termino
123	VII.—El Escudador
145	VIII.—La transición
169	Epílogo









EL

RIAL

2

5

3

4

3

6